BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

GOLPE DE ESTADO EN ASTRO-G

KEITH LUGER

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

GOLPE DE ESTADO EN ASTRO-G

KEITH LUGER

CIENCIA FICCION



KEITH LUGER

GOLPE DE ESTADO

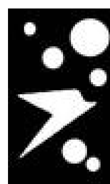
EN ASTRO-6

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 89

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 4.831– 1972

Impreso en España –Printed in Spain

1. ª edición: abril, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

84. —Y después..., ¿qué? ***Curtís Garland.***

85. — Los dos cerebros de Sullivan. ***Keith Luger.***

86. — Terror en órbita. ***Curtís Garland.***

87. — El rastro de los inmortales. ***Glenn Parrish.***

88. — Los dioses. ***Cliff Bradley.***

1

—Muchachos, hoy vuelvo a la Tierra — exclamó elcapitán John Forrest.

—Como si no lo supiésemos — dijo su compañero, elteniente Barry Warren —. Te has pasado dos semanas hablando de lo mismo.

—¿Qué quieres que haga por tu rubia, Barry?

—¿Por mi rubia, tú? ¡No quiero que hagas nada! ¡Ni la veas!

—¿Es que no te fías de mí?

—¡Claro que no me fío de ti!

—Está bien. Sólo quería hacerte un favor. Invitarla a cenar a la luz de la luna en el lago Tahoe.

—Oh, sí, y le hablarás de mí con sus manitas enlastuyas.

—Eres un desagradecido, Barry. Yo sólo quería que ellasupiese lo mucho que la echas de menos.

John Forrest estaba mirando una fotografía de la rubia de Barry. Era todo un tipazo. Una mujer con curvas sobresalientes y en la fotografía estaba un número de teléfono.

—De acuerdo, Barry. No veré a tu rubia.

Pero estaba grabando mentalmente aquel número de teléfono.

Se encontraban en la sala de recreo de la Estación EspacialJúpiter-7, a unos millones de kilómetros de la Tierra.

Cada hombre asignado a la Base debía pasar en ella tres meses. Y no había una sola mujer.

John dio un suspiro y seguía mirando a la rubia.

—Los tres meses más largos de mi historia como piloto espacial. Pero ahora vendrá el desquite.

—¡No mires a mi rubia mientras dices eso!

El capitán Spencer Huston entró en la sala.

—Eh, Johnny, creo que te largas hoy.

—Sí.

—Quiero que me hagas un favor. Que vayas a ver a mi tía Helen.

—Oh, no, gracias. No quiero complicaciones familiares.

—Mi tía Helen es una gran señora.

—Durante un par de semanas no estaré para tomar el té con las grandes señoras. Tú ya me entiendes, Spencer. Prefiero a las jovencitas.

—Está bien. Se lo diré al sargento Kramer. Vuelve contigo a la Tierra.

Spencer sacó una fotografía y dio un suspiro.

—En fin, mi tía Helen te habría llevado a algunos sitios. John se había quedado con la boca abierta viendo lafotografía en colores que Spencer Huston tenía en la mano. Era la de una pelirroja de unos veinticinco o veintiséis años. Estaba en traje de noche muy escotado. Y lo que mostraba era todo de primera calidad.

—¿Tu tía Helen?— dijo John haciendo un gallo con la voz.

—Sí.

—Oye, mira, me sacrificaré. Ahora que lo pienso, creo que tendré un poco de tiempo libre y podré ir a saludar a tu tía Helen.

—No, muchacho, ya te lo perdiste. Será el sargento

Kramer quien la vaya a visitar. No me gustan los tipos tan interesados como tú.

El capitán Huston se marchó con su fotografía.

—Lo que se pierde uno por no hacer favores —gimió John.

En aquel momento un altavoz dijo:

«Llamada al capitán Forrest. Preséntese en la oficina del comandante Jonathan Russell.

John Forrest dio una palmada en la espalda de Barry.

—Te veré luego para despedirme, chico —al mismo tiempo que decía eso, le echó otro vistazo al número telefónico de la rubia.

Poco después, entraba en la oficina del comandante Jonathan Russell.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Descanse, Forrest.

Russell era un hombre de cuarenta años. Estaba detrás de una mesa, consultando unos papeles.

—Ha terminado su misión en esta Base, capitán Forrest.

—Sí, mi comandante.

—Y por primera vez ha logrado la más alta puntuación.

Es lo que no comprendo, capitán Forrest. ¿Qué le pasó enlas otras Bases?

—Era demasiado joven.

—Creo que el motivo es más concreto. Sí, señor Forrest.

Hubo otra razón para que usted haya estado a punto, unpar de veces, de ser expulsado de la Aviación Espacial...

—Jonathan Russell hizo una pausa —. Las mujeres, capitán Forrest.

—¿Las mujeres, señor?

—Sí, esos seres como nosotros, pero del sexo opuesto.

—Ah, ya, señor. Es que hace tanto tiempo que no veo una.

—¡Capitán Forrest! —dijo Russell con acritud.

—Perdón, mi comandante. Me permití hacer un chiste.

—Creí que estaba curado.

—Estoy curado, señor.

—Las mujeres le hicieron perder la cabeza en Moscú, en París y en Pekín.

—Ya le he dicho que eso pertenece al pasado.

—Su último incidente fue con una rusa. Y no ha transcurrido tanto tiempo, sólo cuatro meses.

—Señor, noventa días en esta Base sirven para curar a cualquiera.

—Espero que sí. Es usted un buen piloto.

—Gracias, señor.

—El mejor que he tenido bajo mi mando. Aunque yo diría que es demasiado audaz.

—Sí, señor.

—La audacia que tiene con las mujeres la aplica a su trabajo. Y eso

es bueno.

—¿De veras, señor? — sonrió Forrest.

—¡Lo único bueno! —asintió Russell con seriedad.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Casualmente, usted va a viajar en la Nave EspacialSaturno-F.

—Eso me han dicho, señor. Que volveré a la Tierra en la Nave EspacialSaturno-F.

—Me alegra porque así me podrá hacer un favor. En esa nave viaja mi sobrinita y quiero que se encargue de ella.

—¿Su sobrinita, señor?

—No sé cómo será ahora. Pero hace unos años era la chica más traviesa que he conocido. Melanie me la jugóbien durante su fiesta de cumpleaños. ¿Qué cree que hizo?

—No lo sé, señor.

—Me llenó la gorra de sapos. Tengo precisamente aquí una fotografía de aquel cumpleaños.

Russell sacó la fotografía de la cartera y se echó a reír mientras la observaba.

—Puede verla.

John cogió la fotografía y vio al comandante Russell al lado de una mujer estupenda, hermosa y bella. Había unos niños a su alrededor.

Forrest carraspeó señalando a la mujer que estaba al lado del comandante Russell.

—Es muy bella su sobrina Melanie. Y tendré mucho gusto en acompañarla hasta la Tierra.

—Esa no es mi sobrinita Melanie.

—¿No?

—Melanie es la tercera empezando por la izquierda.

John miró a Melanie y empezó a soltar una retahíla de imprecaciones para sus adentros. Melanie era una chiquilla de unos doce o trece años. Tenía la boca abierta y estaba mellada. Su cara era pecosa, la cara del mismo demonio.

Russell consultó su reloj.

—La nave está a punto de llegar pero no puedo recibir a mi sobrina. Estoy esperando una conferencia de Washington. ¿Quiere por favor recibirla en mi nombre?

—Sí, señor.

—Tráigala aquí.

—Será un placer acompañarla, señor — rezongó John aunque no sentía ningún placer.

Salió de la oficina y se dirigió al aeropuerto de la Estación Espacial.

Leyó en los avisos que la Nave EspacialSaturno-F estaba llegando procedente de Marte.

Poco después vio el brillante cohete que se estaba aproximando haciendo zumbar sus motores de retroceso.

La aeronave se posó en el anillo a ella destinado.

Una escalerilla brotó del suelo y se adhirió a la puerta de la aeronave.

Los viajeros empezaron a descender.

John estaba junto a la escalerilla y vio bajar a un par de militares de guarnición de Marte. Se les distinguía por su cabeza rapada.

Luego vio a una joven y se quedó sin respiración. Ella era hermosa y poseía un rostro bellísimo. Vestía el uniforme azul de las Enfermeras del Espacio.

Ella miró a un lado y a otro y luego bajó la escalera.

—Aqui tienes al tío John — dijo Forrest, y con la mayor naturalidad le dio un beso en la boca.

La joven se quedó asombrada.

—Pero, ¿qué hace usted, fresco?

—¿No te acuerdas de mí?

— Claro que no me acuerdo de usted. ¿Quién es? ¡No, no me lo diga! Debe ser el caradura que hay en todas lasBases Espaciales.

—¿Cómo me ha conocido?

— En todos los lugares como éste que he visitado, siempre hay un tipo que aparece en la escalerilla diciendo «Nena, aqui tienes al tío Alex.» «Nena, aquí tienes al tíoDouglas.»

—Pues esta vez soy el tío John para variar. Y para quevea que no le guardo rencor la invito a un trago.

Ella se quedó más sorprendida aún.

Forrest se inclinó sobre la enfermera y le dijo:

—Espere que me haga cargo de una mellada pecosa y en seguida me reúno con usted.

—¿Mellada pecosa?

—Una niña que viene en este vuelo. La sobrinita deljefe de la Base. El comandante Russell.

—¿Le han confiado a usted que reciba a la sobrinitadel comandante Russell?

—Asi es — John se estiró la chaqueta —. El comandante Russell sólo confía en mí. No puede dar un solo paso sin mi ayuda. Hace un momento me lo decía «CapitánForrest, es usted el mejor piloto que he tenido bajo mis órdenes». A propósito, ¿vuela usted a la Tierra?

—Sí.

—Mire, monada. Usted y yo lo podremos pasar muybien.

—¿Y qué me dice de la niña mellada y pecosa?

—Ya me las arreglaré para librarme de ella.

—¿La meterá en un cajón?

—No hará falta. Le compraré una bolsa de caramelos y unas

cuantas historietas. Así usted y yo podremos contemplar el paisaje.

Mientras tanto, los viajeros habían ido bajando por la escalerilla.

La enfermera dijo:

—Perdone, señor Forrest. Pero tengo que ver urgentemente a una persona. Nos veremos luego.

—Estupendo — le guiñó un ojo John.

La joven se alejó.

John Forrest miró la escalerilla. No veía a la niña.

Y por último bajó una azafata.

—Eh, señorita, he venido a esperar a Melanie.

—¿Melanie Russell quizá?

—Ese es el nombre.

—Ya bajó.

John se dio a todos los diablos. Su diálogo con la enfermera sólo habla servido para distraerse.

Echó a correr para llegar a la oficina de Russell antes que la niña pecosa y mellada que había visto en la fotografía.

Pero no encontró a nadie en el camino.

Vio la puerta entreabierta de la oficina de Russell y oyó la voz de éste:

—Melanie, has crecido un poco.

John golpeó la puerta.

—¿Se puede, comandante Russell?

—Pase, capitán Forrest.

John entró en la oficina y se cuadró ante el comandante.

—Perdone, mi comandante, no pude ver a su sobrinita.

—Aquí la tiene.

John se volvió hacia el lugar que Russell señalaba.

La sobrina del comandante Jonathan Russell era la enfermera del Espacio que él había besado en la boca.

2

—Melanie, éste es el capitán John Forrest,

—Encantada, capitán Forrest.

—Tan... tanto gusto —balbuceó Forrest.

Russell tenía en la mano la fotografía que John ya conocía.

—Melanie, los ocho años que han transcurrido te han cambiado mucho.

—Sí, señor — dijo John — .La han cambiado.

Russell dirigió una mirada a John.

—Capitán, ya sabe que va a viajar con Melanie hasta la Tierra.

—Yo sé cuidarme, tío — dijo Melanie.

—Pero yo la cuidaré mejor — repuso Forrest.

—Sobrina, estoy esperando una conferencia muy importante. ¿Por qué no almuerzas con el capitán Forrest?

—Encantado — dijo John y ya estaba junto a la joven.

La cogió por el brazo y la impulsó suavemente haciala puerta.

—Pasaré por el restaurante a verte —dijo el comandante.

—Está bien, tío Jonathan.

Melanie y John salieron de la oficina. Y ella se detuvo y miró a John con los ojos entornados.

—¿No encontró a la niña pecosa y mellada?

—No, señora.

—Debí decirle a mi tío lo que hizo.

—¿Y qué hice aparte de darle la mejor bienvenida?

—¿Con un beso?

—Que yo sepa, es el signo externo más afectuoso que un ser humano puede ofrecer a otro.

—Es usted demasiado impulsivo, capitán Forrest.

La joven echó a andar y John fue detrás de ella. Entraron en el restaurante y ocuparon una mesa.

—Conque es mujeriego — rompió el silencio Melanie.

—¿Quién se lo dijo?

—No tuve tiempo para escuchar a nadie. Eso salta a la vista.

—Melanie, le diré algo en secreto. No he visto una mujer en tres meses.

—Qué suerte para ellas.

—Qué desgracia para mí — sonrió John.

—¿Es que no puede pasar sin nosotras, capitán Forrest?

—Confidencialmente no, señora. No puedo pasar sin ustedes.

—Yo no soy su tipo, capitán Forrest.

—¿Quién puede decir eso?

—Entérese de una vez por todas. Para mí un hombre a quien le gustan tanto las mujeres es sólo un farsante.

—¿Un farsante? ¿Por qué?

—Porque ha de mentir a muchas al mismo tiempo. —¿Mentirles? — sonrió John — . Oh, no, señorita Russell... Yo no miento a ninguna de ustedes.

—¿No miente a una de ellas cuando dice que la quiere?

—No, señorita.

—Y admite como posible que en el mismo día puede decirle eso a dos.

—A veces se lo he dicho a tres.

—¿Tiene el cinismo de confesar eso? ¿Le ha dicho a tres mujeres en el mismo día que las quería?

—Sí, señorita. Y no mentí a ninguna. Quería a las tres.

—Suponiendo que fuese verdad…, ¡usted es un monstruo!

—Melanie, soy muy impulsivo, como usted dijo. Pero no es culpa mía. Eso se debe a que tengo mucha vitalidad.

—Yo lo llamaría de otra forma. Es usted un fresco como un iceberg de grande.

—Un iceberg que se derrite de cuando en cuando. Como por ejemplo, ahora.

—¿Por qué?

—Tengo a mi lado a una mujer que me da calor.

—¡No me compare con una estufa, señor Forrest!

—Oh, no la puedo comparar. Usted es mucho más atractiva que una estufita.

—¡Pues se va a quedar sin la estufita, señor Forrest!

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que le dispenso del encargo que le ha impuesto mi tío.

—Para mí no es ningún deber.

—Lo siento, señor Forrest. Prefiero que me ignore durante nuestro viaje hacia la Tierra.

John miró las curvas más ostensibles de Melanie.

—¿Ignorarla? Eso va a ser un poco difícil.

—¡Usted sabe perfectamente lo que yo quiero decir!

El comandante Russell llegó en aquel momento.

—Bien, ya sostuve mi conferencia. ¿Cómo van las cosas aquí?

John dio un suspiro.

—Muy bien, señor. De primera.

—¿Todavía no habéis encargado el almuerzo?

—Tuvimos poco tiempo para ello —contestó Melanie con sarcasmo —. El señor Forrest me estaba deleitando con su agradable conversación.

* * *

La Nave Espacial Saturno-F iba a despegar de la Estación Júpiter-7.

Los viajeros ya ocupaban sus asientos.

A pesar de la advertencia de Melanie de que no debía cuidarse de ella, John había ocupado el asiento contiguo alde la joven.

La nave se puso en marcha. En unos segundos se elevó en el espacio, alejándose de la Base en que el capitán Forrest había permanecido durante tres meses.

John se inclinó sobre la joven y dijo:

—Al fin solos.

Ella miró a su espalda y hacia delante. Contó veintepasajeros.

—Capitán Forrest, quiero dormir.

—Pues ya puede apoyar su cabecita en mi hombro.

—¡Nada de eso!

—Tengo un hombro bastante blandito.

—Se lo habrán dicho muchas, ¿verdad?

—Aunque me esté mal en reconocerlo, así es.

—¡Pues no espere que yo compruebe si su hombro esblandito.

Melanie apoyó la cabeza en el respaldo del asiento ycerró los ojos.

Transcurrieron unos instantes y John la tocó en el brazo.

—¿Duerme, Melanie?

—¿Cómo quiere que duerma si no hace más que darme la lata?

—Está usted preciosa.

—Soy ciega para usted, señor Forrest. He dicho que no me moleste.

John se inclinó sobre ella y la besó en los labios con suavidad.

Melanie entonces abrió los ojos.

—¡Capitán Forrest!

—Sólo le estoy deseando las buenas noches, ángel mío... Yo también voy a dormir.

* * *

Habían pasado cinco horas.

John despertó y vio a Melanie leyendo un periódico.

—¿No ha dormido usted, ángel mío?

—Claro que no. Sólo quería que durmiese usted para no escucharle.

—Una treta, ¿eh?

—Con usted hay que adoptar toda clase de argucias. Es de la única manera que se le puede mantener a raya.

—Esté bien, hermosa señorita Russell. La dejaré en paz. Pero si alguna vez se encuentra con ganas de hablar conmigo, no se preocupe, hágalo. No soy vengativo. ¿Sabe que en una ocasión salvé a una mujer de la locura? Sí, señor, se encontraba a solas en una isla desierta desde hacía

mucho tiempo. Yo me lancé en paracaídas para hacerle compañía.

Fue durante mis tiempos de aprendizaje. Ya sabe, yo estaba siguiendo el curso de piloto.

—¿Y qué pasó entre esa mujer y usted?

—La pobre chica estaba al borde de la histeria. Pero yo le impedí que cayese enferma. Sí, señor. Yo. El alumno John Forrest, de la Academia de Pilotos del Espacio.

—Y le dio pastillitas, ¿no?

—Usted ya sabe lo que le di. Besitos. Y ella supo agradecérmelo.

—Oh, sí, usted se sacrificó.

—Me dieron una medalla por eso.

—Menos mal que yo no estoy en una isla desierta. No necesita sacrificarse por mí, señor Forrest. Guárdese toda la ración de besitos.

—Usted se los pierde.

—No los echaré de menos. Se lo aseguro, capitán Forrest. No los echaré de menos.

En aquel momento empezó a sonar la sirena de emergencia.

Una mujer dio un grito.

John saltó del sillón pero no llegó a dar un paso.

Por el fondo vio aparecer a un hombre con un rifle— láser.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva!

Era un tipo de tez oscura, alto, con la cabeza rapada.

Todos los viajeros estaban en el sillón, excepto John Forrest.

El hombre de la cabeza rapada lo apuntó con el rifle.

—¡Usted, vuelva a su asiento!

—¿Qué es lo que pasa?

—Esto es un asalto.

—¿Cómo dice?

—La Nave Espacial Saturno-F ha cambiado de manos.

—¿Quién es usted?

—Centurión, capitón con destino en la guarnición de Marte. Desde este momento en esta nave queda proclamada la ley marcial. Con ello quiero decir que cualquier viajero que desobedezca mis órdenes, será inmediatamente ejecutado, sin previo juicio. Y mi primera orden es para usted, capitán Forrest. ¡Ocupe el sillón!

John se sentó en el sillón.

—Quiero advertirle algo, capitón Centurión. Esto es un acto de piratería.

—¿Ah, sí?

—Y está castigado con la muerte. Artículo 314 del Código del Espacio.

El capitán Centurión sonrió.

—Gracias por recordármelo, Forrest.

—¿Qué intenta, Centurión?

—Tengo otros compañeros en esta nave. Y desde ahora formamos el equipo responsable de su destino.

—¿Y cuál es nuestro destino, capitán Centurión?

—Astro-6.

—¿Astro-6? ¡Usted no puede ir a Astro-6!

—¿Quién dice que no?

—Capitán Centurión, usted debería saber que esta nave explotará convirtiéndose en insignificantes fragmentos si nos aproximamos a doscientos kilómetros de Astro-6.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que se propone?

—Le he dicho que iremos a Astro-6. Ese va a ser nuestro destino. ¡Y ahora cállese, Forrest!

John se relajó en el sillón.

Melanie le preguntó:

—¿Por qué quieren ir a Astro-6?

—Es la mar de sencillo. En Astro-6 están las programadoras del Sistema de Defensa de nuestra Galaxia. El que sea dueño de esos ordenadores atómicos tendrá todo el poder.

—Es espantoso, John. Esos hombres como el capitán Centurión fueron creados en tubos de ensayo.

—Sí, Melanie. La Humanidad se decidió a crear seres humanos en tubos de ensayo. Y ahora los seres que creamos en los laboratorios se han vuelto contra nosotros. Apuesto a que se trata de un complot en el que están involucrados todos los que nacieron de una fecundación artificial.

—¿Cuántos hay?

—Unos quinientos. Y están distribuidos por los planetas. Si se pusieron de acuerdo y ellos quieren el poder, el comando que se ha adueñado de esta aeronave necesita las programadores de Astro-6.

Otros dos hombres con la cabeza rapada entraron en la sala de viajeros.

También ellos portaban rifles—laser.

Un hombre aprovechó aquel momento para lanzarse sobre Centurión.

Pero éste anduvo muy rápido. Levantó elrifle y disparó.

El rayo—laser detuvo al suicida en su carrera y en unafracción de segundo lo convirtió en una masa incandescente y luego, completamente carbonizado, se derrumbó.

Las mujeres dieron gritos de espanto.

Melanie cogió la mano de John y la apretó con fuerza.

El capitán Centurión sonrió a los viajeros.

—No permitiremos ninguna estupidez. Aquel que quiera convertirse en héroe, será un héroe muerto.

Los dos hombres de la cabeza rapada que acababan de entrar hablaron en voz baja con Centurión. El rostro deéste se endureció.

—Capitán Forrest.

—¿Qué quiere?

—Venga.

—Perdone, capitán Centurión, pero me encuentro muy bien aquí —señaló a la joven con el brazo —. Esta es mi compañera y no me

quiero perder su conversación.

Centurión apuntó con el rifle a Melanie.

—Capitán Forrest, se quedará sin compañera. Le voya dar tres segundos para que venga o dispararé sobre ella.

—¿Se atrevería?

—¿Usted qué cree?

—Sí, creo que se atrevería.

—¡Uno...! ¡Dos!

John se levantó.

—No hace falta que siga contando. Ya voy.

La mano de Melanie estaba helada y su bello rostro había empalidecido.

—No se preocupe, Melanie.

—¿Para qué lo quiere?

—Todavía no lo sé. Pero no será para nada bueno.

John se dirigió hacia Centurión. En su camino se encontró con la cara del sargento Milton Kramer, que era unhombre de unos cuarenta años y que había sido degradado no menos de doce veces. Y había sufrido otros tantoscastigos, la última condena, tres meses en la Estación Espacial Júpiter-7.

John sabía que Kramer era un hombre en el que sepodía confiar, aunque no era muy disciplinado.

El capitán Centurión habló a sus compañeros, los nacidos en tubos de ensayo que como él tenían la cabezarapada.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer, muchachos. Si alguien se desmanda, ejecutarlo sin compasión. No podemostener piedad.

—Aquí hay mujeres, Centurión — dijo Forrest.

Centurión le sonrió enseñándole unos dientes blancosy perfectos.

—Sí, capitán Forrest. Hay mujeres y también hombres como usted. Son nuestros rehenes. Pero hay suficientes ypodremos prescindir de aquellos que no obedezcan nuestras órdenes. Pase delante de mi.

—¿Adonde vamos?

—No rechiste. Ya lo sabrá.

John Forrest le precedió en el camino.

En un momento determinado, mientras pasaban por un corredor, John decidió revolverse para sorprender a Centurión, pero cuando lo hizo, éste se hallaba muy distanciado.

Centurión le apuntó con el rifle.

—Sabía que lo intentaría, capitán Forrest.

John se había quedado con los puños levantados, listo para disparar el derecho.

—Capitán Forrest, debería saber que los hombres que nacimos en tubos de ensayo podemos a veces leer el pensamiento. Usted no está conforme con nuestra rebelión.

—No, capitán Centurión. No lo estoy. Y si usted se cree tan inteligente, debería saber que esto es una locura.

—Hemos preparado nuestro plan a la perfección.

—No, Centurión. Su plan no podrá ser efectivo. Nunca lo será.

—¿Por qué cree entonces que nos hemos apoderado de esta aeronave?

—Usted lo ha dicho. Para adueñarse de Astro-6.

—Pero, ¿por qué elegimos precisamente esta aeronave? Yo se lo diré. Por usted.

—¿Por mí?

—Sí, capitán Forrest. Es usted el mejor piloto con que cuenta la Aviación Espacial.

—No ha leído mi hoja de servicios.

—La conozco a la perfección. No hemos dejado nada al azar. Y tengo que felicitarle por la calificación que haobtenido en el último curso que siguió, durante su estancia en la Estación Espacial Saturno—7. Lo hemos estado vigilando, capitán Forrest.

—Cuánto honor.

—Teníamos nuestros motivos.

—¿Quieren ofrecerme el puesto de jefe de la Aviación Espacial? No, gracias. Renuncio desde ahora.

—Nunca le daríamos ese puesto a uno de ustedes.

— Entiendo, todos los puestos claves han de ser detentados por los hombres como usted.

—Sí, capitán Forrest. Nosotros, los hombres del tubo de ensayo, como se nos llama, ocuparemos los puestos clave en el dominio de nuestra Galaxia.

—¿Y qué seremos los demás?

—Ya hablaremos de eso.

—¿Esclavos?

—Capitán Forrest, no quiero iniciar con usted una discusión acerca de razas, o de amos y servidores. Lo importante para usted es que nos va a llevar a Astro-6.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Perdone, capitán Centurión, pero yo no tengo el mando de esta aeronave. Hay tres pilotos en la cabina. Cualquiera de ellos lo puede llevar a Astro-6.

—Pero ninguno de esos tres pilotos sería capaz de conducir la nave sana y salva a través de la barrera magnética… Usted lo dijo antes. Se refirió a que la aeronave saltaría en pedazos cuando nos encontrásemos a doscientos kilómetros de Astro-6. ¿Lo ve, capitán Forrest? Inmediatamente supo cuál era nuestra dificultad.

—Lo seguirá siendo.

—Usted salvaré esa dificultad.

—No cuente conmigo.

—Contamos con usted antes de iniciar el golpe de Estado.

—No conseguirán mi colaboración. Y si me va a amenazar con matarme, ya puede empezar a enviarme el rayo láser.

—¿Quiere ser también un héroe muerto?

—Sí, Centurión. Para mí no hay ninguna duda.

—Me satisface que diga eso.

—¿Le satisface?

—Sí, capitán Forrest. Está dispuesto al sacrificio, a inmolarse en el cumplimiento de su deber. Pero usted amala vida. Lo hace por una sola razón. Porque usted mismo se considera capaz de cruzar la barrera magnética.

—No sea ingenuo, Centurión. Nadie puede cruzar esabarrera. Ni yo podría.

—Convénzame.

—Existe una programación entre el Sistema de Defensa

de Astro-6 y cualquier aeronave que se acerque a aquellos dominios... Cañones atómicos y de rayo láser dispararáninstantáneamente contra, cualquier aeronave que no posea la clave, la que sirve para entrar. Y esta aeronave no tiene laclave.

—De acuerdo, capitán Forrest. Existe una clave y esta nave no la posee. No podríamos pasar nunca la barreramagnética.

—Gracias por reconocerlo.

—Pero usted puede entrar subrepticiamente. Con habilidad.

—¿De qué tontería esté hablando?

—Usted engañará a la programadora.

—¿Yo? Eso es imposible. Ni yo ni nadie lo puede hacer.

—Usted podrá, Forrest.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Usted puede provocar una confusión en la programadora. Tendrá que jugar con las coordenadas. Camuflará esta aeronave como si fuese la que realiza un viaje por semana a Astro-6 para llevar las provisiones a la guarnición instalada allí.

—No puede hacerse. La aeronave que transporta las provisiones tiene la clave.

—Y llegará exactamente dentro de doce horas. Pero nosotros estaremos allí en su lugar.

—Continúe, capitán Centurión.

—¿Le interesa ya?

—Admito que han pensado en todo.

—Usted logrará que la programadora crea que nuestra aeronave es la del transporte. Tendrá que conseguirlo. Estamos convencidos de que usted tiene aptitudes para ello.

—Insisto en que se equivoca.

—Tenemos cronometrado el tiempo. Usted producirá esa confusión durante diez segundos…

—¡Eso no es posible para ningún piloto!

—Para usted será posible.

—Suponiendo que yo lograse confundir a la programadora, la confusión no duraría más de tres segundos. Y es un tiempo insuficiente para salvar la barrera.

—Por eso han de ser diez segundos. ¿Lo oye, capitán Forrest? Diez segundos.

—¡No lo haré!

—¡Lo tendrá que hacer!

—¡Ya le he dicho que puede matarme si quiere!

Centurión volvió a sonreír.

—¿Sabe cuántas mujeres hay aquí?

—No las he contado.

—No mienta. Sé que podría describirlas. Conocemos también ese aspecto de su carácter. No ha visto a una mujer en tres meses, y ahora se encontró con siete exactamente. Mis hombres están deseosos de divertirse un poco antes de que lleguemos a Astro-6... Cada uno de ellos ya ha elegido una mujer... Yo he elegido la mía. Me gustan las más hermosas como a usted, capitán Forrest. También me gusta Melanie Russell.

John apretó los maxilares.

—¡Es usted un canalla!

—Usted obedecerá. Tratará por todos los medios de cruzar la barrera magnética. Mientras tanto, nos estaremos quietos. Las mujeres serón respetadas. Y usted conseguirá personalmente otra cosa. Conservar la vida y ocupar un alto puesto en el nuevo sistema.

—De acuerdo, Centurión.

—Gracias, capitán Forrest. Sabía que comprendería mis razones.

—Sus razones son las de un rufián, pero no tengo más remedio que obedecer para que ustedes respeten a esas mujeres. Y por algo más, Centurión. No lograremos pasar. La nave será convertida en fragmentos. El tiempo está en contra de nosotros. Nunca conseguiremos que las programadores nos concedan los diez segundos para cruzar la barrera magnética. Pasados tres segundos, la programadora rectificará su fallo y, un segundo más tarde, los cañones atómicos y láser nos pulverizarán.

—Puede volver a su sillón, capitón Forrest. Hable a sus compañeros. Dígales que permanezcan tranquilos. Que nodeben temer nada. Quiero que no haya ninguna dificultad. Podrán pasar al salón comedor. Hacer la vida normal en la aeronave. Aunque siempre estarán vigilados.

Centurión consultó su reloj.

—Usted ocupará la cabina de mando en dos horas. A partir de entonces, deberá poner en juego todos sus conocimientos para hacer

posible nuestra llegada a Astro-6.

4

Estaban en el salón comedor.

John Forrest habla explicado a sus compañeros de viaje el plan del comando que se habla adueñado de la aeronave.

Todos se mostraron sorprendidos y, al propio tiempo,comprendieron las razones de Forrest para haber cedido a la presión del capitán Centurión.

John interrumpió las muestras de agradecimiento.

— Deben saber que existe una probabilidad entre mil de que yo haga cruzar la nave por la barreramagnética... Nodeben considerarse a salvo. En otros tiempos y en momentos trágicos como éste, los jefes de las aeronaves no comunicaban a los pasajeros el peligro que corrían. Pero ustedes no son niños. Todos, por una u otra razón, han prestado servicios en distintos planetas de nuestra Galaxia. Estánacostumbrados a hacer frente a las emergencias. Es lo que me ha impulsado a contarles la verdad, para que cada cual haga el uso que quiera de su tiempo, un tiempo que puedeser muy corto, si hemos de morir.

Durante un rato los pasajeros hablaron entre ellos.

John no se había equivocado. Todos dieron muestrasde una gran entereza.

Se fueron haciendo grupos.

John se dirigió al bar para tomar un whisky.

Melanie Russell fue detrás.

—Capitán Forrest.

—Diga, Melanie.

—Tengo que disculparme con usted.

—No vale la pena.

—¿Cuál es su plan concreto?

—No lo sé. Estoy confuso.

—Dice que hay una probabilidad entre mil de que consiga salvar la barrera magnética. Debe cruzarla conéxito.

—¿Usted me aconseja eso?

—En Astro-6 hay una guarnición.

—Sí, pero muy reducida.

—¿Cuántos hombres defienden las programadoras?

—Medio centenar.

—¿Por qué tan pocos?

—Las armas que defienden a Astro-6 están programadas. Realmente el personal que hay allí no es defensivo sino técnico. Tan sólo hay una docena de militares que sólo hacen un trabajo de rutina.

—¿Quiere decir que, una vez traspasada la barrera magnética, el capitán Centurión y su comando habrán conseguido su objetivo?

—Tendrá que sorprender a la guarnición y adueñarse de los puntos clave.

—Entonces habrá una nueva posibilidad para que ellos sean derrotados.

—Una posibilidad muy remota.

El sargento Milton Kramer se acercó a ellos.

—Capitán, a ese Centurión le voy a partir la cabeza como una nuez — al mismo tiempo hizo un gesto significativo con las manos.

—Olvídelo, sargento. Sólo conseguiría una muerte estúpida. Y yo lo voy a necesitar.

—¿Usted?

—Desde luego.

—¿Piensa pelear?

—Sí, sargento.

—Hábleme de eso.

—No puedo porque no sé cómo voy a meterles mano.

—Tengo una idea.

—Dígala, sargento.

— Hay un cañoncito en la popa, en el departamento de armas nucleares. Es muy mono. Yo lo he usado varias veces en Venus. Si lográsemos dispararlo pondríamos en alerta a la guarnición de Astro-6. La programadora de detección atómica registraría nuestra explosión.

—No está mal.

—Celebro que le guste, capitán.

—Hay un pequeño fallo.

—¿A qué se refiere?

—El sistema de seguridad. La puerta sólo se abre porun dispositivo que está en la cabina de mando.

—Demonios.

Melanie intervino:

—Caballeros, creo que les puedo servir de ayuda.

Los dos hombres la miraron con curiosidad.

—¿Qué quiere decir, Melanie? — preguntó John.

—He sido ladrona. Una vez tuve a mi cuidado unenfermo grave. Ocurrió en Marte. Mi paciente necesitaba una medicina. Pero el doctor que era mi jefe había tenido que hacer un viaje y no regresaría en tres días. En resumen,la medicina estaba en un departamento que se abría también con un dispositivo cuya llave sólo tenía el doctor. Pero yo abrí ese departamento.

—¿De qué forma lo consiguió, Melanie?

—Con un bisturí electrónico.

John y Kramer se miraron.

—Eh, capitán, ¿de dónde sacó a la chica?

—Quizá de la cárcel. Pero no me importa.

—Bienvenida a la pandilla — Milton estrechó la mano de Melanie —. Señorita, acaba de conseguir la plaza de ladrona.

—Gracias, sargento Kramer.

—Eh, un momento — dijo John —. Falta algo para que sea un miembro de la Resistencia.

—¿Qué cosa?

—Esto — dijo John y la besó en la boca.

El beso fue muy largo y, mientras tanto, el sargento Kramer se pasó un dedo por el cuello.

—Eh, señorita, ¿no hay algo para mí?

—Claro que sí, sargento —y cogiendo la cabeza de Milton Kramer lo besó en la frente.

—Dejen el besuqueo — dijo John —. Hay que ir al grano.

* * *

John Forrest y Milton Kramer se acercaron a uno de los compañeros del capitán Centurión que vigilaban lapopa.

—No pueden pasar.

— Tengo que recoger unos mapas — contestó Forrest— . Orden de Centurión.

—Tendré que comprobarlo.

El hombre de la cabeza rapada sacó un microteléfono del bolsillo, pero, antes de que pudiese establecer la comunicación, Forrest le golpeó en el estómago.

El centinela se dobló hacia adelante y entonces el sargento le pegó en la nuca.

La víctima se desplomó en el suelo.

El capitán Forrest se hizo cargo del rifle-laser.

—Adelante, Melanie.

La joven apareció por el corredor. Traía en su diestra un maletín.

John señaló la puerta en la que estaba instalado el cañón atómico.

Melanie abrió el maletín y sacó el bisturí electrónico.

Se oyó un suave zumbido y el bisturí electrónico empezó a hacer su trabajo en la plancha.

De pronto se encendió una pantalla en la pared y en ella apareció el rostro de Centurión.

—Capitán Forrest. Está realizando un trabajo inútil.

Forrest miró la pantalla.

—No intente nada, capitán Centurión. Ya tengo un rifle-laser. Dispararé contra los motores de retroceso si me obliga.

—La aeronave saltaría en pedazos.

—No vacilaría en producir el sabotaje, Centurión. Continúa, Melanie.

El hombre que asumía el mando del golpe de Estado sonrió.

—¿Cree que puede chantajearme, Forrest?

—Le ofrezco un trato.

—¿Cuál?

—Dispararemos el cañón atómico.

—Y así pondrán en alerta a la guarnición de Astro-6.

—Exactamente.

—¿Qué ganaríamos nosotros con eso?

—Serán juzgados por traición. Pero declararé en favor de ustedes.

—Qué humano y qué comprensivo, capitán Forrest.

—Estoy seguro de conseguir para ustedes una pena de destierro.

—Oh, sí, conozco los destierros. He sido condenado dos veces. Una vez me mandaron al planeta Gélido. Estuve allí seis meses...

—Yo también he estado en el planeta Gélido.

—Entonces sabrá lo que significan unas vacaciones de seis meses en ese espantoso lugar.

—Yo me divertí bastante. También había mujeres desterradas.

—No me hace gracia su chiste, capitán Forrest.

John habló en voz baja a Melanie:

—¿Cuánto te falta para abrir esa puerta?

—Un minuto.

Centurión lanzó una carcajada.

—Es usted más ingenuo de lo que yo creía, Forrest. ¿Piensa que no tuvimos en cuenta todos los detalles? Nunca podrían disparar ese cañón. Lo hemos inutilizado desde la cabina de mando.

La plancha saltó.

Melanie había conseguido hacer el agujero.

John metió la mano y abrió el dispositivo.

Dentro estaba el cañón atómico.

El sargento Kramer no titubeó. Apretó el botón disparador, pero no se produjo la explosión.

El sargento se volvió.

—¡Maldita sea! ¡Ese miserable dijo la verdad! El cañón no sirve para nada.

En la pantalla, Centurión seguía riendo.

—Capitón Forrest, tengo en mi poder a sus compañeros. Si no se entrega ahora mismo, mataré a dos de los rehenes.

John dio un suspiro.

—Usted gana.

—Debe servirle de lección, capitán Forrest. Y ya están a punto de consumirse las dos horas que le concedí. Acuda a la cabina de mando para hacerse cargo del pilotaje de la aeronave.

El centinela que había quedado desvanecido se levantó.

—¡Deme el rifle, capitán Forrest! —exclamó.

John le arrojó el rifle al estómago y, en la siguiente fracción de segundo, el centinela apuntó al sargento Kramer:

—¡Le voy a pulverizar, bastardo!

John habló con voz dura:

—Centurión, no permita que este hombre dispare contra el sargento Kramer o se queda sin su principal colaborador.

—Soldado — dijo el capitón Centurión — . No dispare.

El soldado titubeó unos instantes y por último hizoun gesto afirmativo.

—A la orden, señor.

Melanie, Forrest y Kramer se alejaron de aquel lugar.

—Hemos fracasado — murmuró Melanie con desaliento.

El sargento Kramer se tironeó de una oreja.

— Capitón, me temo que estos tipejos se van a salir con la suya.

—No, Kramer, todavía les falta mucho.

—¿Qué podemos hacer?

—Habrá una nueva oportunidad. Usted debe estarse quieto, sargento. No lo vuelva a intentar. Librarnos de ellos no podía ser tan sencillo.

—¿Y si probase a ponerse en contacto con Astro-6?

—No nos habrán dejado ninguna posibilidad. No, muchachos. Me

temo que tendremos que esperar a nuestra llegada a Astro-6 para intentar algo.

Poco después. John Forrest entraba en la cabina de mando.

Los tres pilotos estaban en sus respectivos sillones.

Había dos hombres con la cabeza rapada y uno de ellos era el capitán Centurión.

—Forrest, le presento a mi lugarteniente Drago.

Drago era otro de los hombres que había nacido enun tubo de ensayo. Tenía rasgos orientales.

Forrest vio reflejado en los ojos de Drago el odio.

— Capitán Forrest— dijo Centurión —. Nos disponemos a abatir la nave de transporte.

—¡No puede hacer eso!

—Lo haremos porque es necesario. Recuerde que nosotros ocuparemos su lugar.

—¡En la nave viajan ocho hombres!

—Para nosotros tienen el mismo valor que ocho hormigas.

—¿Se da cuenta de que si hacen explotar esa nave de transporte, la catástrofe será detectada por Astro-6?

—No, no será detectada. Estableceremos a su alrededor un vacío. Ya sabe cuáles son los efectos. La aeronave de transporte explotará en una especie de campana neumática de más de trescientos kilómetros de extensión. EnAstro-6 nunca detectarán la explosión. ¿Listo, Drago?

—Sí, señor.

—Cuadrantes 67 y 68. Segmentos 124 y 125.

Drago maniobró en un cuadro de mandos siguiendo las instrucciones de su jefe.

—Capitán Forrest, ocupe el lugar del teniente Lorigan.

El llamado Lorigan abandonó el sillón y se cruzó conForrest.

De pronto, Lorigan se lanzó sobre Drago.

Centurión levantó el rifle y disparó.

El teniente Lorigan se convirtió en una brasa.

Drago ya estaba apuntando con el rifle-laser a losotros pilotos, incluido Forrest.

—¡Que nadie dé un paso!

Centurión dio un puntapié a la mancha negra en que se había convertido Lorigan.

—Otro estúpido que se quiso hacer el valiente. Capitón Forrest, tiene usted el mando de la nave. Ya me oyó las órdenes. Diríjase a los cuadrantes 67 y 68.

Forrestmaniobró y la nave descendió en picado a unavelocidad supersónica.

Drago lanzó un aullido mientras volaba por el aire y se estrellaba contra una de las paredes.

Centurión se abalanzó sobre el sillón de Forrest y contuvo allí su impulso, mientras apoyaba el rifle-laser enla nuca de Forrest.

—Acabó su diversión, capitán. ¡Arriba con la aeronave!

Forrest no tuvo más remedio que renunciar a seguir aquel picado.

El vehículo espacial recuperó la horizontalidad.

Drago, rabioso, se acercó a John con los puños cerrados.

—Le voy a destrozar, capitón Forrest.

—Alto, Drago — dijo Centurión.

—Ese canalla quiso acabar con nosotros.

—Y yo prometí a nuestros compañeros que no lo conseguiría.

—¡Acabemos de una vez con él!

—No, Drago. Le necesitamos. Vuelve a tu puesto. Es una orden.

Drago volvió al cuadro de mandos.

—Fuego! —exclamó Centurión.

Drago apretó un botón.

Se oyó un rugido y un torpedo atómico salió rugiendo de la aeronave, dejando tras de sí una estela de fuego.

—Pantalla de proa, capitán Forrest.

John encendió la pantalla de proa. De esa forma pudieron seguir la trayectoria del torpedo a través del espacio.

—Dame tiempo, Drago.

—Un minuto.

—Zona de impacto, diagonal 84 del segmento 68. ¿Tiempo?

—Treinta segundos.

Y de pronto en la pantalla surgió una explosión.

El firmamento se iluminó en un área muy amplia. Y luego, como un fósforo que se apaga, todo volvió a quedar sumergido en la oscuridad.

—Lo conseguimos, capitán Forrest… — le sonrió Centurión —. La nave que transportaba las provisiones, nunca llegará a Astro-6. Ahora nosotros ocuparemos su lugar. Siga el rumbo que tiene establecido en las coordenadas. No lo varíe ni una pulgada. Si intenta engañarnos, lo sabré en seguida.

5

—Bien, Forrest— rezongó el capitán Centurión —. Estamos llegando ante la barrera magnética. Disponga la clave.

—No servirá.

— ¡Tendrá que servir! Le he reservado algo para este momento!

—¿Una nueva treta?

—Una realidad.

Centurión hizo chasquear los dedos y Drago encendió una de las pantallas.

—Eche una ojeada, capitán.

Forrestobservó la pantalla y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Una veintena de mujeres y de niñosestaban encandenados en una mazmorra. Seis hombres con la cabeza rapada se encontraban al fondo con rifle-laser,apuntando a los prisioneros.

—¿Qué es eso. Centurión?

—Una película realizada en Marte. Tomamos allí rehenes para el caso de que los pudiésemos necesitar.

—¡Es la más sucia granujada que he visto en mi vida!

—Eso le indicará que estamos dispuestos a llegar hastael fin. Las mujeres y los niños morirán si esta nave es destruida como usted desearía. No, capitán Forrest, no le voy a permitir que sabotee nuestro plan. ¿Tiene ya bastantes razones para seguir viviendo?

—Sí, Centurión.

—Entonces prepare la clave. Usted lo puede hacer.

—Pondré todo mi empeño. Pero si fracaso, no me podrá culpar.

—Yo le culparé de todas formas si fracasamos. Usted es ahora responsable de la vida de los rehenes.

Forrest no quiso seguir discutiendo.

—Déjeme en paz si quiere que tenga éxito en la preparación de la clave.

—Sólo dispone de cinco minutos.

—¡He dicho que se calle!

Centurión guardó silencio.

Forrest pulsó varios botones.

Ya habían pasado tres minutos.

—No logro dar con una clave que se aproxime — dijo — . Las coordenadas no se reúnen en el punto.

—¡Le queda muy poco tiempo! ¡Nos estamos acercando a la barrera magnética!

Forrest volvió a pulsar los botones.

—¡Las coordenadas se acercan! —exclamó Drago.

—Pero no al punto deseado.

—Estamos cerca de encontrar la clave.

Forrest pulsó muy aprisa los botones.

Las coordenadas se acercaron un poco más.

Drago gritó:

—¡Cien kilómetros para llegar a la barrera magnética! ¡Se está encendiendo la luz roja de emergencia!

—No puedo! —gritó Forrest—, ¡Voy a lanzar a los viajeros al espacio en el cohete de salvamento!

—¡No hará tal cosa! —repuso Centurión.

—¡Tengo que hacerlo!

—¡Cincuenta kilómetros para la barrera magnética y la aguja de peligro continúa ascendiendo! —advirtió Drago.

—¡Inténtelo otra vez, capitán Forrest!

—¿Es que no ve que ya no hay tiempo para nada, Centurión?

Drago gritó con los ojos desorbitados.

—¡Estamos llegando a la barrera magnética! ¡Punto de contacto!

En ese preciso momento, Forrest terminó de pulsar los botones.

Las coordenadas se hablan unido.

Se produjo un brusco vaivén en la aeronave, como si hubiese

encontrado un bache de aire y luego siguió su camino con toda normalidad.

—¡Lo consiguió, Forrest! — exclamó Centurión victoriosamente.

—Todavía no. Tienen que pasar diez segundos.

—¡Siete…! ¡Ocho…! ¡Nueve…! ¡Diez…! ¡Ya estamos

dentro! —gritó Drago.

—Le felicito, Forrest—sonrió Centurión.

—No lo haga. Sólo he seguido sus instrucciones para que respete la vida de esas mujeres y de esos niños.

—Es lo malo que tienen ustedes los que han nacido de padre y madre. Que son demasiado sentimentales.

—¿A quién quiere usted, Centurión?

—A mis compañeros.

—No, usted les odia tanto como a nosotros. Usted sólo se quiere a sí mismo. No vacilaría en sacrificar a Drago o a cualquier otro de su mismo origen. Siempre tuve mis dudas acerca de los nacimientos en tubos de ensayo. Pero ahora ya no tengo duda de que es una monstruosidad.

—Nosotros, los monstruos, seremos los dueños de la Galaxia.

—Todavía está por llegar.

—¿Tiene alguna duda de nuestro triunfo?

—Sí, Centurión, tengo serias dudas de que ustedes vayan a conseguir lo que se proponen.

—Ya estamos en la atmósfera de Astro-6.

— Pero todavía no son los dueños de las programadoras. —Lo seremos, capitán Forrest. No dude que seremos dueños de este satélite y de lo que en él se contiene, y eso incluye a los seres humanos que se encuentren en él.

Frank Kennedy, comandante de la Base Astro-6, estaba jugando una partida de ajedrez con su ayudante, la teniente Olivia Hanley.

Frank movió un peón.

La teniente movió la torre.

—Jaque mate, comandante.

—¿Qué?

—Se acabó la partida.

—¡No puede ser! ¡Maldita sea! ¡He jugado con usted veinte veces y las veinte veces me ha ganado!

—Ya le dije que tomase más vitaminas.

—¿Chistecitos, teniente Hanley?

—Oh, no, mi comandante. Usted es un gran jugador de ajedrez. Lo que pasa es que se distrae y yo me aprovecho.

—Esta vez me distrajo el indicador de la barrera magnética. Juraría que he visto un pequeño destello.

—Yo no he visto nada.

—¿Cómo iba a verlo si tiene el indicador a su espalda? El comandante descolgó un teléfono.

—¿Observatorio? Aquí el comandante Kennedy. ¿Alguna novedad?

—No, señor —le contestó una voz.

—¿Qué fue esa señal en el indicador de la barrera magnética?

—La programadora de señalización ha estado a punto de saltar a emergencia, pero no lo hizo.

—¿Cuál es el motivo?

—Lo ignoramos, señor.

—¿Tiene localizada la nave de transporte?

—No, señor. No la tenemos.

—¿No es anormal?

—Perdone, mi comandante, pero falta media hora para que

establezcamos comunicación con ellos.

—¿Quién es usted?

—Sargento Harry Preston.

—Está bien, sargento. Téngame al corriente.

—Desde luego, señor.

Kennedy colgó el teléfono.

—Teniente Hanley, la desafío a otra partida de ajedrez.

—Estoy preparada.

—Es lo malo. Que siempre está preparada. Usted nunca tiene un descuido.

—Lo tuve, señor.

—¿Es posible? ¿Cuándo?

—Con un capitán llamado John Forrest.

—¿Se refiere al ajedrez o a otra cosa, teniente Hanley? —Todo empezó con una partida de ajedrez. Y terminó con una cena a la luz de las velas. Si yo le contase...

Kennedy carraspeó.

—No, teniente Hanley. Prefiero ignorar ciertas cosas de las personas que gozan de mi confianza.

—Entonces le diré que sólo deseo volver a la Tierra por encontrarme con el capitán John Forrest.

—¿Para volver a cenar con él a la luz de las velas?

—No, para soltarle cuatro verdades.

En aquel momento sonó el teléfono.

Kennedy descolgó.

—Comandante Kennedy al habla.

—¡Comandante Kennedy...! ¡Soy el sargento Preston!

¡Estamos siendo atacados!

—¿De qué habla, sargento? —sonó un disparo.

—¡Sargento...! ¡Hable, sargento...! ¿Qué es lo que está pasando ahí?

IAa puerta del fondo se abrió bruscamente y entró un hombre con un rifle-laser.

—Comandante Kennedy, soy Centurión, capitán de Marte. Desde ahora, Astro-6 está bajo mi control.

—¿Qué está diciendo, capitán?

—Su Base ha sido capturada.

—¡Debe estar loco!

—Debería preguntarse cómo he podido llegar hasta

aquí.

—Ya que lo sugiere, conteste usted.

—Hemos pasado la barrera magnética gracias a un piloto excepcional.

—El nombre de ese traidor! ¡Démelo!

—Capitán John Forrest.

Kennedy miró a su joven ayudante.

—Teniente Hanley, me temo que no tendrá necesidad de regresar a la Tierra para soltarle cuatro verdades al hombre que la engañó.

—Sí, comandante. Ya me di cuenta de que el capitán Forrest está más cerca de mí de lo que yo suponía.

Centurión dijo:

—Son ustedes mis prisioneros.

6

El puño derecho de John Forrest se estrelló contra la cara de Drago.

El hombre de la cabeza rapada voló por el aire, pero todavía conservaba el rifle-laser.

John se abalanzó sobre él.

La pelea tenía lugar en la cabina de mando de la NaveEspacial Saturno-F.

John Forrest volvió a golpear a Drago entre los dos ojos.

Y ello le dio la victoria, porque su rival quedó sin conocimiento.

John se levantó manejando el rifle.

Habló a sus compañeros, los otros dos pilotos.

—Muchachos, atad a Drago. Voy a ocuparme de losotros rebeldes.

Se encontró a uno de ellos en el corredor.

El ser nacido en un tubo de ensayo levantó el rifle-laser para disparar, pero John le sacó ventaja y le mandó el rayo que le convirtió en una tea.

John corrió hacia la puerta que comunicaba con lasala de pasajeros y la abrió de golpe.

Dos rebeldes estaban al fondo.

John les gritó:

—¡Que nadie se mueva y arrojad los rifles!

Uno de los hombres rapados estaba de espalda pero el otro estaba de frente y éste quiso usar su arma.

John disparó.

Sólo quedó con vida un hombre con la cabeza rapada, porque éste obedeció el mandato de John, dejando caer el rifle.

El sargento Milton Kramer se apoderó de una de las armas.

—Kramer, lleva a la cabina de los pilotos a ese muchacho y reúnete conmigo. Hemos de ir rápidamente a la oficina del Alto Mando.

Kramer empujó al rebelde.

Algunas mujeres se pusieron a llorar. Los hombres no hablaron. Estaban demasiado impresionados.

Melanie se acercó a John.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Kramer y yo llegaremos a tiempo para impedir que el capitán Centurión logre su propósito.

—Iré con vosotros.

—No, Melanie.

Ella cogió un rifle del suelo.

—Sé manejar esta arma. Me he entrenado como todas las

enfermeras.

—Está bien, soldado Russell, vendrá con nosotros.

—Gracias, capitán Forrest.

—Nunca he tenido un compañero más bonito en mi Compañía.

—No requiebre, señor. O le saco los ojos, señor.

John le sonrió.

—De acuerdo, soldado Russell. La requiebraré cuando la degrade.

Kramer apareció.

—Listo, capitán.

John Forrest se dirigió a los viajeros:

—Ya ha pasado el peligro. Deben estar tranquilos. Estableceremos la normalidad en Astro-6 y regresaremos a laTierra. Todo se reduciré a una pequeña demora en el viaje.

Descendieron en el viaje.

El Astro-6 era un satélite artificial de diez kilómetros cuadrados.

A la izquierda estaban instaladas las programadoras, enel interior de un edificio de acero con cúpula de aluminio.

En el lado opuesto se encontraban escondidos los cañones atómicos y los láser, y seis troneras que corrían paralelamente y que eran lanzatorpedos con carga nuclear.

El edificio del Alto Mando se ubicaba en el centro del satélite.

Dos centinelas que debían vigilar la entrada, estaban en el suelo convertidos en carbón.

—El capitán Centurión ya pasó por aquí.

—Es un loco. ¿Cómo ha podido pensar que con tanreducido número de compañeros iba a adueñarse de lasprogramadoras?

—Quizá ya lo haya conseguido.

—Le durará poco el mando.

Entraron en el vestíbulo.

Otros dos centinelas habían sido alcanzados por el rayo-laser.

Ante una puerta había una luz encendida con un aviso: «Oficina del Alto Mando. Prohibida la entrada».

Pero John Forrest abrió de un tirón.

El capitán Centurión estaba diciendo:

—Yo y los míos seremos hoy mismo dueños de la Galaxia.

Centurión estaba amenazando con su rifle al comandante Kennedy y a la ayudante de éste, la teniente Olivia Hanley.

—Centurión, se acabó la farsa — dijo John.

Centurión volvió la cabeza, pero no movió el rifle.

—¿Usted?

—¿A quién esperaba?

Centurión sonrió.

—Es más duro de lo que imaginaba.

—Da la casualidad de que yo respeto todos los juramentos. Y una vez juré defender la bandera de la Unión de Repúblicas de la Tierra. ¡Suelte el arma!

Centurión arrojó el rifle hacia Forrest.

—Bienvenido, capitán Forrest.

La teniente Hanley tenía la cabeza ladeada mientras observaba a Forrest.

—Siempre supe que eras oportuno. Pero nunca pensé que lo serías tanto.

—¿Cómo estás, teniente Hanley?

—A punto de desmayarme.

—Ya pasó el susto.

—No me refería a la rebelión, sino a la sorpresa de verte. Y me pregunto qué es más peligroso.

Melanie habló junto a John.

—Caramba, capitán, usted tiene amores en todas partes.

Centurión y sus compañeros estaban en una celda.

Centurión se echó a reír.

—Creen que han acabado con nosotros.

—Dentro de dos horas se va a celebrar nuestra Corte Marcial.

—No habrá Corte Marcial, Drago.

—¿Cómo sabes que no la habrá?

—Porque antes de dos horas nosotros estaremos libres.

—¿Vamos a recibir ayuda de fuera?

—Sí.

—¿De quién? — preguntó otro cabeza rapada llamadoTauro.

—De una persona que se encuentra en esta Base.

—Pero no hay ninguno como nosotros.

—No, Tauro. Nosotros somos los únicos hombres que han nacido en un tubo de ensayo. Pero aquí hay uno deellos, de su raza, que forma parte de nuestra rebelión.

Centurión siguió riendo.

—¿Quién es, Centurión? — preguntó Drago —. ¿Quiénes esa persona que nos sacará de la celda?

—Quisiéramos marcharnos, comandante Kennedy — dijo John Forrest.

—Lo siento, capitán. Pero no pueden marcharse todavía. Se va a celebrar la Corte Marcial contra Centurión y su hombres. Y ustedes serán los testigos.

—¿Por qué no hace una grabación con nuestro testimonio?

—El Código no lo permite. Los testigos han de estar presentes cuando se trata de un caso de rebelión armada.

Un hombre de cabello rubio, que se llamaba DanielMorris y era el ingeniero jefe de las programadoras, intervino.

—Por fortuna, los rebeldes que lograron llegar a Astro-6 eran pocos. No comprendo cómo se atrevieron a dar estegolpe de Estado con tan reducido número.

—Fueron muy atrevidos — asintió Kennedy — . Pero teniendo en cuenta cómo pasaron las cosas, si el capitán John Forrest no se hubiese decidido a actuar, a estas horas,Astro-6 estaría en poder de esos locos.

—Quisiera tomar un baño, comandante... —dijo Forrest.

—Retírese. Ya he ordenado que les destinen habitaciones.

John Forrest salió de la oficina.

Encontró al teniente Hanley.

—¿Quién es ella, John?

—¿A quién te refieres?

—No estoy hablando de ninguna maquinita, sino de lajoven que te acompañaba.

—Se llama Melanie Russell, es enfermera y la sobrinadel comandante de la Estación Espacial Júpiter-7.

—Te faltó agregar una cosa. Es también tu nueva víctima.

—Cariño, yo no tengo víctimas.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

Luego siguió su camino.

Un soldado le acompañó a su habitación.

Se estaba duchando cuando oyó que se abría la puerta.

—¿Sargento Kramer?

Nadie le contestó.

—¿Melanie?

No le respondieron.

Cortó el agua y se puso un albornoz. Ya sabía quién era. La teniente Olivia Hanley. Había leído en sus ojos que deseaba continuar su romance iniciado en la Tierra.

Seguro que ahora no se equivocaba.

—¿Olivia?

Tampoco obtuvo respuesta.

Salió a la habitación y se detuvo.

De pie, en el centro de la estancia, había una mujer que no había visto nunca hasta ahora. Era rubia, hermosa, de ojos verdes. Si alguna vez conoció una mujer en la Tierra más perfecta, John no la recordaba.

—¿Quién es usted? —preguntó John.

—Samantha.

—¿Samantha qué más?

—Samantha Barnes.

—¿Y qué hace usted en Astro-6, señorita Barnes?

—Trabajo en la Sección de Programadoras.

—¿Puedo preguntarle la razón de su visita?

—Tenía interés por conocerle.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Por qué?

—Sé muchas cosas del capitán Forrest. Por ejemplo,que le gustan las mujeres.

—Sí, es un defectillo.

—Yo no lo considero un defecto.

—¿Ah, no?

—Todo lo contrario, capitán. Un hombre, para merecer el nombre de tal, debe amar a las mujeres.

—Oiga, sus teorías me encantan. ¿Y qué más sabe demí?

—Que es irresistible.

—¿Lo soy para usted?

—Tendría que hacer la prueba.

—¿Y qué sugiere como prueba?

—Un beso.

La rubia caminó hacia él.

Llegó a su lado y le echó los brazos al cuello. Y luego le besó en la boca.

En aquel momento se abrió la puerta.

Melanie Russell dio un gritito.

La rubia se separó, y al ver a la joven en el umbral dijo:

—Señorita, ¿no sabe que hay que llamar en la habitación de un hombre para entrar?

Las mejillas de Melanie enrojecieron.

—No se preocupe, rubia. Puede continuar su trabajo.

Y haciendo un gesto de furia, se marchó, pegando un portazo.

Samantha Barnes volvió a mirar a John.

—Esa chica está celosa.

—¿Usted cree?

—¿No ha visto cómo ha reaccionado?

John la cogió del brazo.

—Eh, ¿qué hace, capitán?

—Acompañarla hasta la salida.

—Pero no he terminado mi prueba.

—Yo sí.

Ella se desasió de John y, antes de que éste lo pudiese impedir, le abrazó otra vez y le volvió a besar en los labios.

El primer impulso de John fue apartarla, pero se sintió invadido por una dulce sensación.

Al fin, ella apartó sus labios unas pulgadas y miró fijamente a los ojos de John.

—Capitán Forrest, ¿desde cuándo me conoce?

—Desde hace muchos años.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

—¿Cinco?

—Más.

—¿Diez?

—No, no son diez. Son más.

— Exacto, capitán Forrest. Me conoce desde siempre, porque yo soy la mujer que personifica para usted todos los encantos de nuestro sexo.

—Sí, Samantha.

—Usted sería capaz de hacer cualquier cosa por mí.

—Sería capaz.

—Porque me ama.

—La amo.

—Y no puede vivir sin mí.

—Sí, Samantha. Ya no puedo vivir sin usted.

—Es usted tan maravilloso como decían, capitán Forrest. Le daré una orden y quiero que la cumpla.

—La cumpliré.

—Empiece por abrazarme y por darme un beso.

John era ya un autómata y estrechó entre sus brazosa la hermosa rubia y la besó en la boca.

El comandante Frank Kennedy se había cambiado de uniforme. Iba a comer con el capitán John Forrest y con Melanie Russell, a los que había invitado junto con la teniente Hanley y el ingeniero Morris.

Después celebrarían la Corte Marcial contra el capitán Centurión y los otros rebeldes.

La puerta se abrió a sus espaldas y quedó perplejo al ver la imagen que se reflejaba en el espejo. Una hermosa rubia de ojos verdes.

No, no la había visto nunca en la Base y pensó que sería una viajera de la Nave Espacial Saturno-F.

Se volvió hacia ella diciendo:

—Me temo que se ha equivocado de habitación.

—¿No es usted el comandante Frank Kennedy?

—Sí.

—Entonces no me he equivocado — repuso ella y cerró la puerta a sus espaldas.

Frank Kennedy sintió sobre sus ojos la mirada de la hermosa rubia.

—¿Quién es usted?

—Samantha Barnes.

—Imagino que viaja en el Saturno-F.

—Sí, he viajado en él.

—Ha pasado por momentos de grave tensión, señoritaBarnes. Pero ya todo está arreglado.

—Lo sé. Y he venido a darle las gracias.

—No es a mí a quien tiene que dárselas, señorita Barnes, sino al capitán Forrest.

—A él ya se las di.

Samanthacaminó hacia el comandante. Este permanecióinmóvil.

La rubia llegó ante Kennedy y, sin detenerse un instante, le echó los brazos al cuello y le besó en la boca.

Kennedy se sintió invadido por una extraña sensación.

Ella apartó sus labios de los del comandante y dijo:

—¿Le gusta mi forma de dar las gracias?

Kennedy sonrió.

—Señorita Barnes, tengo prohibido por mis superiores recibir estas muestras de agradecimiento.

—Pero sus superiores no le ven ahora.

—No, eso es verdad.

—¿No le gustaría que ampliase mi agradecimiento? Kennedy se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Señorita Barnes, es usted muy hermosa.

—Gracias.

—Y encantadora. Pero...

—¿Pero qué?

—No puede permanecer en mis habitaciones particulares. También lo prohíbe el reglamento.

—¿No hay excepciones?

—No, señorita Barnes. No hay excepciones.

Samantha le miró a los ojos.

—¿Ni siquiera con una mujer como yo?

Kennedy se quedó sin habla y ella, aprovechando aquel silencio, le volvió a besar.

El beso fue muy largo.

Samantha apartó su boca de la de él, y dijo:

—Comandante Kennedy, usted y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—No... Creo que no.

—¿Por qué no hace un esfuerzo de memoria?

Kennedy estaba turbado.

—Sí, estoy haciendo un esfuerzo de memoria.

—¿No empieza a recordar?

—Empiezo a recordar.

—¿Qué cosa, comandante Kennedy?

—La conozco a usted.

—¿Desde cuándo me conoce?

—No sé. Desde hace muchos años.

—¿Cinco?

—Más.

—Diez.

—Muchos más.

—Me conoce de siempre.

—Sí, Samantha. De siempre.

—Y usted hará ahora todo lo que yo le mande.

—¿Cómo ha dicho?

—Todo lo que yo le mande.

—Oh, sí, haré todo lo que usted me mande, Samantha.

—Abráceme y béseme. Esta es mi primera orden.

Kennedy la estrechó entre sus brazos y la besó.

Y cuando ella apartó su boca de la de él, dijo:

—Comandante Kennedy, es usted mi esclavo.

—Soy su esclavo, Samantha.

—Y yo le diré lo que tendrá que hacer dentro de una hora. A las doce.

—Dígamelo.

—Se matará.

El rostro de Kennedy no denotó ninguna emoción.

—¿Me ha oído, comandante Kennedy?

—Sí.

—¿Qué le he dicho?

—Que a las doce me mataré — contestó el comandante como un autómata.

—¿Lo hará usted sin vacilar?

—Lo haré sin vacilar.

—No será usted el único, comandante Kennedy. Habrá otro hombre que se matará con usted. El capitán John Forrest. Ahora saldré de aquí y usted lo habrá olvidado todo.

—Lo habré olvidado todo.

—No se acordará de mí. No sabrá quién soy yo. No me retendrá en su memoria.

—No me acordaré de usted.

—Será como si yo nunca hubiese existido. Mi recuerdo quedará borrado de su mente. Se olvidará totalmente de mí.

—Me olvidaré totalmente de usted.

Samantha le volvió a besar. Empezó a retroceder y salió de la habitación.

Frank Kennedy permaneció inmóvil durante unos minutos y de pronto pareció despertar de un sueño.

Estaba aturdido. Se miró en el espejo.

¿Qué estaba haciendo? Oh, sí, se estaba acabando de poner el uniforme para acudir a la comida.

¿Qué cosa extraña le había pasado? Era como si se hubiese dormido durante unos instantes. Qué tontería. No se podía dormir de pie.

Cuando salió de la habitación se encontró con el capitán Forrest.

—Hola, comandante Kennedy.

—¿Y Melanie, capitán?

—Voy por ella.

—Entonces nos veremos en el comedor.

—Sí, comandante.

Forrest fue a la habitación de Melanie y llamó en la puerta;

—Adelante — dijo Melanie desde el interior.

Entró sonriente.

Melanie estaba sentada ante el tocador, poniéndose perfume en las orejas.

Al ver reflejada la imagen de John en el espejo dio un respingo y se volvió.

—¿Usted?

—En carne y hueso.

—¡Salga de aquí ahora mismo!

—¿Qué le pasa, Melanie?

—¿Me pregunta qué me pasa? ¿Se atreve a preguntarme, monstruo?

—Melanie, me llamó monstruo porque le dije que me podía relacionar con tres mujeres al mismo tiempo. Pero eso pertenece al pasado.

—¿Al pasado? ¿Cómo tiene el cinismo de decir eso?

—Desde que la conozco a usted, me ha ocurrido una cosa muy extraña. No quiero saber nada del resto de las mujeres.

Ella agrandó los ojos.

—Capitán Forrest, es usted un vanidoso, un fanfarrón... Hace unos minutos estuve en su cuarto.

—Pues yo no me enteré.

—¿Que no se enteró?

—Estaba en la ducha. Seguramente el ruido del agua me impidió oírla llegar.

—¡No fue precisamente el ruido del agua lo que le impidió oírme llegar! Y tengo también ojos, señor Forrest.

—Yo diría que son los más hermosos que he visto.

—Usted prefiere otros ojos.

—Los suyos son azules y prefiero los azules.

—¿Y qué me dice de los ojos verdes?

—Me gustaron en otro tiempo. Pero desde que vi los suyos, me quedo con los azules.

—¡Granuja!

—Señorita Russell, le dije que no la requebraría hasta que la degradase. Y desde este momento queda degradada. Por tanto, ya puedo requebrarla.

John se dirigió hacia ella.

Melanie atrapó un cepillo para el pelo.

—Si me toca, le rompo la crisma, capitán.

—Conque es una fierecilla.

—Soy una fiera porque no me gusta que se burlen de mí.

John levantó una mano.

—Señorita Russell, le juro que no me estoy burlando de usted.

—¿Y la rubia?

—¿Qué rubia?

—Ande, dígame que no vi lo que yo vi en su cuarto.

John puso un brazo en jarras.

—¿Y qué vio en mi cuarto?

—Tenía a una mujer en sus brazos.

—¿Cuándo?

—Hace tan sólo unos minutos.

—Melanie, no he recibido ninguna visita.

—¿Qué?

—Tomé una ducha. Y ni siquiera la oí a usted llegar.

Y después de la ducha me vestí. A la única persona que he visto antes que a usted ha sido al comandante Kennedy.

Le encontré en el corredor. Le dije que venía a por usted.

Melanie levantó la barbilla.

—Señor Forrest, éste es el fin de nuestras relaciones.

—No hablará en serio.

—¡Hablo en serio! ¡Y ahora lárguese con la rubia!

—No me voy a largar con la rubia porque no hayninguna rubia.

—Usted estaba con ella. Y se estaban besando cuando yo abrí la puerta. ¡Eso no me lo puede negar usted ni nadie!

John volvió a caminar hacia ella.

—Creo que ya entiendo lo que pasó. Usted se quedó dormida aquí.

—¿Eh?

—Y se puso a soñar.

—¡Ah, no, usted no me convencerá a mí de eso! ¿Cree que soy tonta?

—Melanie, tuvo que soñarlo.

—He estado bien despierta.

—Se quedó dormida sin darse cuenta.

—Ahora comprendo sus tretas. Me está decepcionando, capitán Forrest. Creí que sus métodos para conquistar a una mujer serían al menos un poco respetables. Pero ya veo que echa mano a todo. ¡Incluso a la mentira!

El seguía avanzando hacia Melanie y ella no pudo retroceder más porque encontró a sus espaldas la pared.

Entonces la joven trató de golpearle con el cepillo, pero John se lo impidió, atrapándola por la muñeca.

Luego tiró de ella violentamente y sus labios se juntaron.

Melanie forcejeó dando gruñidos.

John la siguió apretando contra sí.

Al fin, John la dejó libre y la joven se tambaleó.

—¿Qué cree que ha ganado con esto, capitán? Le ruego que salga de mi habitación. Iré sola al comedor. ¡No quiero su compañía!

John se puso muy serio.

—Creí que estaba bromeando, Melanie.

—¡Yo pensé que el de la broma era usted!

—Está bien, señorita Russell. No comprendo su actitud. No la comprendo en absoluto.

John salió, enfadado, de la habitación de Melanie Russell.

7

El ingeniero Daniel Morris paseaba por su alcoba fumando un cigarrillo.

La puerta se abrió dando paso a una mujer rubia, extraordinariamente hermosa.

—Hola, señor Morris.

El ingeniero caminó hacia ella.

—¿Cómo resultó todo, Samantha?

—Los dos hombres están programados tal como usted me ordenó. Se matarán a las doce.

Morris consultó su reloj.

—Sólo falta una hora.

—El comandante Kennedy y el capitán Forrest dejarán de existir dentro de sesenta minutos.

—¿Qué más?

—El teniente Elmer Pummer, jefe de la guardia de la prisión, recibirá mi visita más tarde.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Bien, Samantha. ¿Alguna dificultad?

—Ninguna. El comandante Kennedy y el capitán Forrest fueron presa fácil.

Estaban comiendo.

El comandante Frank Kennedy tenía a su derecha a Melanie Russell.

Enfrente de ellos estaba John Forrest, quien hablaba conla teniente Olivia Hanley.

Y al otro lado de la teniente Hanleyse encontraba Daniel Morris, el ingeniero de las programadoras.

—Conozco a su tío Jonathan, Melanie — decía Kennedy—. Estuvimos juntos en Venus, formando parte de unaexpedición. Es lo malo de nuestra carrera. Siempre estamos en un planeta o en otro. Y echo de menos la Tierra. Lesenvidio a ustedes, que pronto estarán de nuevo allí.

Melanie contestó:

—Si no tuviese orden de presentarme en la Tierra antes de cuarenta y ocho horas, me quedaría una temporada con ustedes. Hay ciertas

compañías que no me resultan agradables — y al decir aquello miró a John.

Por su parte, la teniente Hanley estaba golpeando bajo la mesa el tobillo de John.

Él se inclinó sobre ella.

—¿Quieres partirme el pie, nena?

—No seas bobo. Mi habitación es la once.

—¿Ah, sí?

—Te espero luego.

—Lo siento, pero tendré mucho sueño.

—Me dejas asombrada, John. ¿Tú abandonar una partida de caza?

—Es que ahora me he hecho vegetariano.

Olivia vio la mirada que John dirigía a Melanie.

—Creo que comprendo. Es ella... La enfermerita. No te preocupes. No se resistirá.

—Pues te equivocas, cariño. Ella me huye.

—¿Existen mujeres así?

John sonrió forzadamente.

—Al parecer, todavía quedan de esa clase.

Sirvieron el café y los licores.

Melanie se levantó.

—Discúlpeme, comandante, pero quiero tomar un poco de aire en la terraza.

John se levantó también.

—Perdona, Olivia.

—¿También quieres tú tomar el aire en la terraza?

—Sí, nena. De pronto he notado que me subía calor por los pies.

—¿De veras? — dijo Olivia, y le pegó otro puntapié por debajo de la mesa.

John apretó los dientes.

—Sí, señor, cada vez más calor.

Fue a la terraza. Melanie estaba de espaldas.

—Hola, Melanie.

Ella dijo, sin volverse:

—Capitán Forrest, he deseado que no viniese tras demí.

—Y no he venido en pos de usted. Ahí dentro hacía demasiado calor.

John se apoyó en la barandilla, junto a Melanie.

Ante ellos se veía la cúpula de aluminio, el edificio bajo en el que se encontraban las programadoras.

—¿No se siente emocionada?

—¿Por su presencia, capitán Forrest?

—No, ahora no me refería a mí. Lo decía por esas programadoras... Son las que dirigen nuestra Galaxia. Una de esas máquinas hace posible que llueva en un punto determinado de cualquier planeta... Otra programadora hace que los rayos del sol hagan crecer las plantas en las tierras que necesitan calor... Hay un centenar de programadoras y cada una de ellas cumple una misión bienhechora para la Humanidad, pero si cayesen en poder de gente como Centurión, nuestro mundo se vendría abajo.

—Pero ya pasó el peligro.

—No lo sé.

Melanie se volvió.

—¿Por qué dice que no lo sabe, capitán?

—Me está ocurriendo algo extraño.

—¿A qué se refiere?

—Hay momentos en que mi mente lucha contra mí.

—No le entiendo.

—Es con respecto a la rubia de que habló.

—Le prohíbo que toque ese tema.

—Melanie, ¿es que no lo entiende? Usted me hizo recordar algo con respecto a la rubia y necesito que me ayude.

—¿Ayudarle a qué?

—¿Es verdad que usted entró en mi apartamento?

—Sí.

—Y había una mujer conmigo.

—Desde luego.

—¿Cómo era esa mujer?

—¿Qué clase de comedia está interpretando conmigo, capitán Forrest?

—Ninguna. Le estoy hablando con sinceridad.

En aquel momento entró el comandante Kennedy.

—¿No quieren más licores?

—No, comandante.

—Tengo que preparar la Corte Marcial. Se celebrará en la Sala del Consejo. Deben estar allí dentro de quinceminutos.

—Comandante, quiero hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—De una mujer muy hermosa, rubia, de ojos verdes que trabaja a sus órdenes.

—¿Una mujer rubia, muy hermosa…? No le entiendo.

—Tiene una talla de uno setenta. Mejillas ligeramentehundidas. Labios muy gruesos. Su cabellera refulge comoel oro. Y posee unas proporciones anatómicas increíblemente perfectas.

Kennedy sonrió.

—Perdone, Forrest, pero yo no tengo una mujer de esas condiciones a mis órdenes. Ojalá la tuviese.

—¿Está seguro?

—Capitán, aquí hay sólo cuatro mujeres. Ya conoce a la teniente Hanley.

—¿Qué me dice de las otras tres?

—Ninguna de ellas es rubia.

—¿Está seguro?

—Sin ningún género de dudas, capitán Forrest. Pero imagino que esa rubia formará parte del pasaje de la Nave Espacial Saturno-F.

— No, comandante, esta mujer tampoco viaja con nosotros. Y por tanto, estaba aquí cuando nosotros llegamos.

— Capitán Forrest, ¿es que quiere conocer mejor que yo al personal que tengo a mis órdenes?

Kennedy fue a retirarse.

—Comandante, ¿quiere escuchar un momento a la señorita Russell?

Melanie estaba asombrada escuchando la conversación.

El comandante se detuvo.

—¿Qué tiene que decirme, señorita Russell?

—Yo vi a esa mujer. A la que ustedes se están refiriendo.

—¿A la rubia de ojos verdes y proporciones anatómicas increíblemente perfectas?

—Sí, comandante.

—¿Y dónde la vio?

—En la habitación de John Forrest.

—¿Y qué hacía allí esa rubia tan impresionante?

—Ella y el capitán se besaban.

Kennedy sacudió la cabeza mientras decía por lo bajo:

—¿Por qué lo habré preguntado?

Pero, en seguida carraspeó y volvió a hablar en vozalta:

—Señorita Russell, insisto en que debe ser una viajeradel Saturno-F. Pero ya hablaremos de ese asunto mástarde. A no ser que haya llegado un polizón a Astro-6. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo podría llegar aquí, si sólo damos entrada con la barrera magnética a las aeronaves de aprovisionamiento?

Llevóse las manos a la cabeza y se tambaleó un poco.

John le cogió por los brazos.

—¿Qué le pasa, comandante?

—Me mareé un poco.

—¿Quiere que llame al doctor?

—No, Forrest. Ya pasó.

—¿Qué es lo que le produjo el mareo?

—Es absurdo.

—¿Qué es lo absurdo?

—De pronto... Oh, no, es una tontería.

—Dígalo, comandante. ¿O quiere que se lo diga yo? De pronto tuvo la sensación de que había visto a la rubia.

Kennedy hizo un gesto de asombro.

—Sí, capitán. Pero sólo fue un efecto de segundos...

Tiene una fácil explicación, ¿no? .Ustedes me han llegado a sugestionar con la rubia. Pero insisto que dejaremos la investigación para más tarde — consultó su reloj — . Faltanquince minutos para las

doce y debemos celebrar la Corte Marcial contra los rebeldes. No se demoren en llegar a la Sala del Consejo.

El comandante Kennedy se retiró.

John se enfrentó otra vez con Melanie.

—¿Está convencida ahora?

—Esa rubia existe, capitán.

—¿Y dónde está, Melanie?

—Usted es el que debe contestar a eso.

—Pero no puedo contestar.

—¿Cómo la ha conocido?

—No la conocí. Y ha oído al comandante. Entre supersonal hay cuatro mujeres y ninguna de ellas es rubia.

—Pero usted dio al comandante una descripción.

—Tuve en cuenta un recuerdo súbito.

—No se contradiga. Si la recuerda es que la vio. Ella estuvo en su habitación. Usted y ella se dieron un beso.

¿He dicho un beso? Oh, no, probablemente usted se despachó bien.

—¿Y si fue ella la que se despachó?

—Ya salió el modesto capitán Forrest.

John cerró los ojos y cuando volvió a mirar a Melanie dijo:

—Perdone, Melanie. pero tengo un asunto pendiente.

—Tiene pendiente el mismo asunto que yo. Acudir a la Sala del Consejo para asistir a la Corte Marcial.

—Debo regresar a mi habitación.

—¿Por qué?

—Debo regresar a mi habitación — repitió John.

Dio media vuelta y echó a andar.

—¡Capitán Forrest! —dijo Melanie.

Pero él no le hizo ningún caso. Continuó su camino y salió de la terraza.

John subió en el ascensor. Sus ojos estaban fijos. Movió los labios y dijo:

—Debo matarme... Debo matarme.

John Forrest entró en su habitación.

Cerró la puerta y caminó hacia el lecho.

Por un momento otra vez se sintió mareado. Se apretó la cabeza con las manos.

—¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?

Sus ojos se fijaron en una pistola que había sobre el lecho.

No recordaba aquella pistola. No, él no llevaba ningún arma cuando emprendió el viaje. Por eso había necesitado apoderarse de las armas que utilizaban los hombres de cabeza rapada.

Pero la pistola estaba allí.

¿Quién la había puesto en la cama?

Oyó un zumbido en sus oídos. Un zumbido que le hizo daño porque le taladraba el cerebro.

Y luego aquel zumbido cesó y John quedó otra vez inmóvil y sus labios se movieron.

—Tengo que matarme.

Alargó la mano hacia la funda y extrajo la pistola.

En aquel instante se abrió la puerta y Melanie dijo:

—Capitán Forrest, ¿qué va a hacer?

—Déjeme en paz.

—¿Para qué quiere esa pistola?

—Márchese.

Pero Melanie no le obedeció. Caminó hacia él rápidamente.

—¿Cómo tiene en su poder esa pistola, capitán Forrest?

Sólo es usada por los hombres de Marte.

John no contestó. Levantó la pistola hacia su cabeza. Melanie gritó aterrorizada y saltó sobre John.

Logró atrapar la mano de John y la bajó en el momento en que se disparaba la pistola.

La bala hizo un agujero en la pared.

—¡Suélteme! — gritó John.

Pero Melanie tiró con fuerza de él y los dos cayeron en el suelo.

John sé golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

Melanie cogió la pistola y la llevó al cuarto de baño, donde la dejó en una repisa.

Mojó una toalla con agua y regresó junto a John. Le humedeció la cara.

John empezó a volver en sí.

—Melanie.

—Hola, suicida.

—¿Qué pasó, Melanie?

—¿No lo recuerda?

—¿Por qué estoy tirado en el suelo?

—Le tumbé yo.

—¿Usted?

—No me hizo ninguna gracia que se fuese a levantar la tapa de los sesos.

—¿De qué está hablando?

—Se iba a suicidar.

—¿Yo? ¿Por qué me iba a suicidar?

—Quizá algún amor contrariado.

—No diga tonterías. ¿Yo un amor contrariado?

—Quizá la rubia lo quiso tanto que dijo: "Antes muerto que de otra". Y le ordenó que se matase.

John miró a su alrededor.

—¿Con qué me iba a matar?

—Con una pistola.

—¿Dónde está?

—Imagino que se la puedo enseñar sin peligro.

Melanie fue al cuarto de baño y regresó con el arma.

John ya estaba en pie. Miró la pistola.

—¿Esa arma la tenía yo?

—Sí.

—¡Sólo se usa en Marte!

—Ya se lo dije yo al entrar. Pero sirvió de muy poco. Porque usted se apuntó a la cabeza con ánimo de disparar.

—¡La mujer rubia!

—También se lo he sugerido. Y, por lo visto, tuvo una Jornada intensa de trabajo, puesto que el comandante se acordaba de ella.

—¡El comandante Kennedy! ¡Le ha debido de dar la orden también de que se mate!

John echó a correr.

—¡Espéreme, capitán!

—¡No puedo! ¡Tengo que salvar al comandante!

John corrió hacia la Sala del Consejo.

Entró como un ciclón.

No vio a Kennedy.

—¿Dónde está el comandante?

El capitán Oliver, que debía actuar como fiscal, dijo:

—Subió hace un momento a la torre.

En aquel momento se oyó un aullido. Y luego un golpe seco en el exterior.

Forrest corrió fuera del edificio.

El comandante Kennedy estaba tendido en el suelo boca abajo, en medio de un charco de sangre.

Melanie llegaba en aquel momento y se detuvo.

—Es horrible — dijo, y escondió la cara entre las manos.

El capitán Oliver apareció seguido de un centinela.

—¿Muerto?

John hizo un gesto afirmativo.

—Sí, capitán Oliver.

El centinela gimió:

—Le vi acercarse a la barandilla. Yo estaba un poco lejos. Cuando vi que subía a la verja, le grité, pero no me quiso escuchar. Dio el salto. No pude impedirlo. Juro que no pude impedirlo.

—Tranquilícese, soldado. Ya sabemos que usted no pudo hacer nada.

John se levantó y fue al lado de Melanie, que había dado la espalda al cadáver de Kennedy.

—Fue esa rubia, John. Fue esa rubia.

—Sí, ya lo sé. Hay que atraparla antes de que haga más daño.

—Pero, ¿dónde está, John? ¿Dónde está esa mujer y qué es lo que persigue?

El teniente Elmer Pummer, jefe de la guardia de la prisión, se estaba limpiando las botas en su dormitorio cuando oyó que se abría la puerta.

Al volverse, descubrió que su visitante era una hermosa rubia de ojos verdes.

—Perdone, señorita, pero no puede entrar aquí.

Ella sonrió y le dijo acariciadoramente:

—¿Por qué no, teniente Pummer?

—Está prohibido. Es la sala de guardia.

—Estaba dando un paseo. Y me dije, ¿qué es lo que habrá ahí?

—Esto es la cárcel, señorita… ¿Cómo debo llamarla?

—Samantha Barnes

—¿Viajera del Saturno-F?

—Sí.

—Yo mismo la acompañaré a la aeronave.

—No quiero ir a la aeronave. Prefiero estar con usted, teniente Pummer.

Ella se fue acercando lentamente a él mientras le miraba a los ojos.

—Es usted muy guapo, teniente Pummer.

—Lo siento, señorita. Pero no debe decir eso a un hombre casado.

—¿Usted casado?

—Sí.

—¿Y dónde está su mujer?

—En la Tierra.

—Entonces ella está muy lejos.

—Volveré a mi casa dentro de dos meses.

—¿Echa de menos a su mujer?

—Desde luego.

—Ahora no la echará de menos.

Ella le puso las manos en los hombros y acercó su boca a la de él.

El teniente Pummer se retiró un poco, pero Samantha le estaba mirando fijamente a los ojos y dijo:

—Teniente, ¿no le gusto?

Pummer tragó saliva.

—Sí, me gusta.

—Entonces, demuéstremelo.

Ella le besó en los labios.

El teniente Pummer siguió inmóvil.

Samantha apartó sus labios y dijo:

—Teniente Pummér, ¿acaso su mujer es más seductora que yo?

—No.

—¿Más bella?

—No.

—Seguro que no ha conocido a ninguna mujer más atractiva que la que usted ahora puede estrechar entre sus brazos.

El teniente Pummer no se estuvo quieto. La estrechó entre sus brazos y la besó ardorosamente en la boca.

—Teniente Pummer, usted me conoce.

—Sí.

—Desde hace muchos años.

—La he visto a usted. Sí, hace muchos años que usted y yo nos encontramos, Samantha.

—Y ya nos hemos vuelto a separar.

—Quiero continuar con usted.

—¿Hasta cuándo, teniente Pummer?

—Hasta el fin del mundo.

—Pero tiene que obedecerme, teniente.

—La obedeceré.

—Tiene que abrir la puerta a los presos.

—¿Los presos?

—A Centurión, Drago, Tauro y Géminis.

—Oh, no, no puedo hacer tal cosa. Son unos traidores. Samantha le estaba mirando a los ojos.

—Usted abrirá la celda, teniente Pummer. Yo se lo ordeno.

—Hay tres guardianes.

—Usted los matará.

—¡No puedo hacerlol

—Usted lo hará, teniente Pummer. Yo se lo ordeno.

Usted matará a los tres soldados y abrirá la celda de los prisioneros.

Samantha le volvió a besar.

Cuando ella se apartó, el teniente Pummer dijo:

—La obedeceré, Samantha.

—Empiece a hacer su trabajo.

Pummer desenfundó su pistola—laser, y, con paso lento,salió de la habitación.

Tres soldados estaban alrededor de una mesa jugando al póquer. Uno de ellos vio al teniente y dijo:

—Sin novedad, teniente.

Pummer le apuntó con la pistola y apretó el gatillo.

El rayo—laser convirtió al soldado en una antorcha.

Los otros dos soldados se levantaron de un salto.

El teniente disparó y otro soldado fue presa de las radiaciones.

El tercer soldado logró caer sobre Pummer, pero éste lo lanzó al suelo de un puñetazo, e inmediatamente disparó.

Su tercera víctima lanzó un grito cuando se vio envuelto en llamas.

A contiuación, Pummer echó a andar y apretó un botón.

La reja de la celda número cuatro se abrió.

Y Centurión y sus compañeros salieron del encierro.

La rubia Samantha apareció por detrás de Pummer.

El teniente Pummer estaba como hipnotizado.

—Bravo, Samantha— dijo Centurión —. Has hecho un buen trabajo.

—Falta el final... Teniente, míreme.

Pummer se volvió hacia la rubia y la miró a los ojos.

—Teniente, va a dirigir la pistola contra usted y disparará.

Pummer levantó el brazo armado y se apuntó a un costado.

—No — dijo —. No puedo.

—Apriete el gatillo, teniente.

—¡No!

—¡Le ordeno que dispare!

Pummer apretó el gatillo.

Y un segundo después, su cuerpo era presa de las radiaciones y de las llamas.

Centurión dijo:

—Bien, muchachos. Vamos a consumar nuestro golpe de Estado.

John Forrest entró corriendo en la prisión y se detuvo al ver el cuadro que se ofrecía ante sus ojos.

El teniente Pummer y varios soldados estaban carbonizados.

—¡Dios mío! —exclamó a sus espaldas Melanie.

John corrió a la celda y la vio abierta.

—Los presos han huido.

—¿Dónde?

—Sólo pueden haber ido a un sitio. A la sala de programadores. Quédese, Melanie.

—Iré con usted.

—Es asunto mío.

—Y mío — dijo la teniente Hanley.

—Sígame, Olivia.

Los dos iban armados y después que hubieron salido, Melanie cogió un rifle de un armero y también fue tras de ellos.

Dos centinelas que había junto a la puerta del edificio estaban sentados en el suelo en posiciones absurdas, porque también ellos estaban carbonizados.

—Nos han sacado una gran ventaja — dijo Forrest— .Ya están dentro.

Melanie llegó riendo.

—¿Qué nace aquí, Melanie? —gruñó Forrest.

—Mi vida también está en juego y tengo derecho a defenderla.

—Entonces, si quiere hacer algo provechoso, vaya al hospital y prepárese para atender a los heridos.

En aquel momento la sirena de emergencia se puso a sonar.

Forrest comentó:

—Demasiado tarde para que los soldados puedan hacer

algo.

Entró en el edificio y la teniente Hanley fue con él.

Y Melanie, tras un titubeo, les siguió nuevamente.

Centurión se dirigió jactanciosamente a los tres ayudantes del ingeniero Morris.

Estaban en una gran sala y los ayudantes tenían por misión cuidar las programadoras instaladas allí.

—Ustedes han dejado ya de recibir órdenes de la Tierra.

El hombre de más edad, Albert Iones, protestó:

—Nadie me puede dar órdenes excepto el Gobierno de la Tierra.

—Nosotros ahora vamos a ser los amos. ¿No le dice nada el rifle que le apunta?

Albert Jones se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué quieren?

—Así me gusta más.

—He preguntado qué quieren.

—¿Cuál es la programadora que rige el clima sobré Asia?

—La número siete.

—Quiero que lo disponga todo para que caiga un diluvio sobre Asia. Mil metros cúbicos por metro cuadrado.

Y en una hora.

—Eso no se puede hacer.

—Sé que ustedes lo pueden conseguir.

—Acabaríamos con la mayoría de los seres humanos

que existen en Asia. Seis mil millones.

—Usted hará lo que yo le ordene.

—¡No puedo matar a seis mil millones de seres!

—No morirán tantos.

—Mil metros cúbicos de agua por metro cuadrado en menos de una hora será suficiente para que todos los ríos se desborden. Los pantanos serán insuficientes para contener el ímpetu de las aguas. La mayoría de ellos se desplomarán. No quiero pensar en la magnitud de tal catástrofe.

Centurión sonrió.

—Es lo que necesitamos.

—¿Para qué lo necesita?

—Cuando haya ocurrido la catástrofe, me pondré en contacto con el Gobierno de la Tierra. Les diré que yo soy el causante de la tragedia y les daré un ultimátum. Tendrán que abandonar el poder en nuestro favor.

—¿En favor de quién?

—¡De los hombres que hemos nacido en tubos de ensayo!

—¡Está usted loco!

—¡Ingeniero Jones, programe esa lluvia para Asia!

—¡No lo haré!

Centurión enarboló el rifle—láser y apretó el gatillo.

El ingeniero Albert Jones, alcanzado por el rayo—laser, retrocedió mientras brotaban las llamas de su cuerpo.

Se desplomó en el suelo y en pocos segundos quedó convertido en una masa negra.

Centurión estaba en compañía de los otros rebeldes, también armados.

—Esto les servirá de advertencia.

Estaba mirando amenazadoramente a los otros dos ingenieros. Apuntó al que parecía más joven, un rubio de unos veinticinco años.

—Tu nombre.

—Jerry Burke.

—¿Vas a programar esa lluvia?

—Sí, señor. Lo haré.

—Nada de engaños.

—No, señor.

—Rápido. No tenemos todo el tiempo del mundo. Ya tengo ganas de que comience el espectáculo.

Jerry Burke caminó hacia la programadora número siete.

Apretó unos botones.

Se encendieron varias luces, verdes y rojas. Finalmente apareció un mapa de la Tierra en el que se veían los cinco Continentes. Estaba iluminado en verde y de pronto apareció una mancha roja en la zona del Pacífico, entre Australia y el Continente Americano.

—¿Qué está haciendo, Burke?

—Lo que usted me ha ordenado. Programo las grandes lluvias sobre

Asia.

—¿Qué significa la mancha roja?

—Las lluvias se formarán en el Océano Pacífico y avanzarán de Este a Oeste, hacia Asia.

—¡Ha formado las nubes demasiado lejos!

—¿No quiere usted que llueva mil metros cúbicos por metro cuadrado?

—Sí.

—Es demasiada agua. No existe otro lugar para formar tales nubes en el Océano Pacífico.

—¿Cuánto tardarán en producirse las lluvias?

—Unas cinco horas.

—¡Le dije que lo preparase para una hora!

—No es posible. Debemos formar anticiclones en varios sectores para conseguir que las nubes avancen hacia el lugar elegido.

—¡Le advertí antes que no me engañase!

—Lo tengo en cuenta.

—Muy bien, señor Burke. Si necesita cinco horas, le daré cinco horas, pero si nos falla por alguna razón, no le daré oportunidad para rectificar.

De pronto, un rayo—laser hizo presa en Tauro, quien lanzó un alarido mientras se desplomaba.

—¡Todo el mundo quieto! — dijo John Forrest.

Centurión volvióse, lleno de ira. En lo alto de una pasarela vio a Forrest, a la teniente Hanley, y a Melanie Russell. Cada uno de ellos manejaba un rifle-laser.

—Centurión, debería matarle — dijo Forrest con voz ronca.

—¿Por qué no lo hace?

—Hay una razón. Usted es el jefe de este golpe de

Estado. Y debe tener cómplices en la Tierra, en Marte y en Venus... Le necesito vivo para que cuente a la policía su plan. Diré los nombres de sus cómplices en cada uno de los planetas. Pero no crea que me voy a estar quieto si intenta algo. Conservándole vivo, sólo pretendo ahorrar trabajo a la policía. Pero si usted quiere estar muerto, ahora mismo le ejecuto.

Centurión dejó caer el rifle.

—No, capitán Forrest. Prefiero vivir.

Geminis levantó el rifle con rapidez, pero la teniente Hanley estaba atenta y fue ella quien le mandó el rayolaser.

Geminis se desplomó al ser blanco de las radiaciones.

John preguntó:

—¿Alguien más quiere suicidarse?

Drago arrojó también el rifle.

Centurión estaba lleno de furia. Había dado por muerto a John Forrest. ¿No se había encargado de ese trabajo Samantha?

—¿Dónde está la rubia? — preguntó justamente John.

—¿Qué rubia?

—Usted sabe perfectamente quién es. La persona que me hipnotizó a mí y al comandante Kennedy.

—No sé nada de eso.

—Quiero felicitarla. Logró lo que ella quería con respecto al comandante.

—¿Qué pasó con el comandante?

—Se suicidó.

—No lo voy a sentir.

—Ya sé que no lo sentirá. Pero su rubia fracasó conmigo. No me suicidé como ella me había ordenado. Alguien me salvó. Melanie

Russell.

Centurión miró a Melanie y la odió con todas sus fuerzas. Samantha había cumplido las órdenes. Había atraído al comandante Kennedy y a John Forrest y les ordenó que se suicidasen. Pero aquel trabajo sólo había sido ejecutado al cincuenta por ciento, puesto que uno de los hombres hipnotizados seguía vivo. Y era justamente el más peligroso. El capitán John Forrest.

John habló a Jerry Burke:

— Señor Burke, escuché desde arriba. Ha programado una lluvia para Asia.

—Sí, señor Forrest. Pero no es peligrosa.

Los ojos de Centurión brillaron.

—¿Qué fue lo que hizo, canalla?

—Preparé lo que usted me dijo. Un gran diluvio, pero no iba a caer sobre Asia, sino en el mismo Océano. Y muy al Norte, en el círculo Polar Artico. Naturalmente, la lluvia habría caído en forma de nieve y no habría hecho ningún daño.

—¡Esto lo pagará!

John gritó:

— ¡Deje de amenzar, Centurión! ¡Ya tuvo su oportunidad y la desaprovechó!

Se abrió una puerta y apareció la rubia Samantha.

John le sonrió:

—Hola, linda.

Samantha saludó con una sonrisa y agitando la mano.

—¿Qué tal, capitán Forrest?

—Ya lo ve. Estoy vivo.

—Es usted muy duro.

—Logró matar al comandante. Pero no a mí. Y ahora está atrapada.

—¿Yo atrapada, capitán Forrest? Oh, no, de ninguna forma.

—La estoy apuntando con un rifle-laser. Y mis compañeras tienen un rifle.

—Pero esas armas no pueden nada contra mí.

—Está bromeando. Usted es un ser humano como Drago y Centurión y yo.

—Se equivoca, señor Forrest. Yo no soy un ser humano. Es mi ventaja sobre todos ustedes. Nací en un tubo de ensayo. Soy la primera mujer que nació en un tubo de ensayo.

—¡No deja de ser humana!

—A mí no me pueden destruir el fuego ni las radiaciones. Y ustedes, los seres humanos, son destruidos por el rayo—laser. Y otra cosa, señor Forrest. Yo carezco de sentimientos — levantó la barbilla —. Ni amo ni odio.

—Pero obedece.

—Sí, tengo que obedecer, porque si no obedeciese, me destruirían.

Melanie mandó el rayo—laser contra Samantha.

Y ocurrió algo increíble.

Samanthatenía razón. El rayo—laser no le produjo ningún efecto.

10

La hermosa rubia lanzó una carcajada.

—¿Lo ve, capitán Forrest? Ahí tiene usted a una mujer de su clase. A Melanie. Al mandarme su rayo—laser ha demostrado dos clases de sentimientos. Primero, odio hacia mí.

Melanie le contestó:

—La odio porque usted asesinó al comandante Kennedy, y él era una buena persona.

—Pero otra clase de sentimientos la obligó a apretar el gatillo.

—¿A qué se refiere?

—A los celos.

—¿Yo celosa?

—Sintió celos desde que nos sorprendió al capitán Forrest y a mí besándonos.

Melanie apretó de nuevo el gatillo.

El rayo—laser chocó contra el cuerpo de Samantha, pero tampoco le produjo ningún efecto. Y la rubia continuó riendo victoriosa.

Centurión dijo:

—Capitán, arroje el arma. Y también será bueno que invite a sus compañeros a no seguir utilizando el rifle.

John contestó:

—Cuidado, Centurión. No vamos a abandonar las armas. Y le recuerdo que es usted tan vulnerable como sus compañeros al rayo—laser. Un movimiento de más y no vacilaré en cargármelo.

—Son nuestros prisioneros.

—¡Ustedes son nuestros prisioneros!

Samantha intervino de nuevo:

—Capitán, le prometo que le daremos un buen trato. Usted y sus amigas continuarán viviendo.

—¿Quién la fabricó a usted?

—¿Fabricar? No debe decir eso, capitán. Yo nací.

—Haré de otra forma mi pregunta: ¿Quién la creó a usted?

En aquel momento se iluminó una pantalla que estaba al fondo. Y apareció la imagen del ingeniero Daniel Morris.

—Yo, capitán Forrest. Yo creé a Samantha Barnes.

Hubo unos instantes de expectación.

John entornó los ojos.

—¿Cómo pudo hacer semejante monstruosidad?

—¿Llama monstruosidad a Samantha? Es la mujer más perfecta que existe. El ser humano siempre ha fracasado por culpa de sus sentimientos. El amor le hace débily elodio le hace ciego e irresponsable. He trabajado noche y día para conseguir un ser humano en el tubo de ensayo, un ser humano que superase los defectos que posee.

—Y creó una mujer.

—Sí.

—¿Por qué no un hombre?

—La mujer reunía las condiciones que yo necesitaba. Podía hacerla hermosa, podía hacerla sugestiva, podía hacerla seductora... Y ahí la tiene, señor Forrest. Ahí tiene a Samantha.

—Pero, ¿cómo le dio la facultad de hipnotizar?

—Por un tratamiento en su cerebro. Eso fue lo que más trabajo me costó. Tratar su cerebro en diversas épocas para conseguir que fuese dócil.

—Así que Samantha sólo es un animal hermoso, pero sin voluntad propia.

—Haré otras en poco tiempo. Tengo una docena en el laboratorio. Mujeres tan hermosas como Samantha.

—Señor Morris, ¿cómo pudo aliarse con Centurión?

—Yo soy creador de vida en el tubo de ensayo. Ellos nacieron de tubos de ensayo. Quise hacer mis experimentos en la Tierra, pero no me dejaron. La Academia de Ciencias consideró peligroso mi trabajo.

—Y se ha probado que lo era. Hicieron bien.

—¡No diga eso, capitán Forrest! ¡Yo soy un hombre de ciencia!

—Debió limitarse a su trabajo de ingeniero.

—Poseo una inteligencia portentosa. No podía limitarme a trabajar con máquinas. Ellas para mí no tienen ningún secreto. Me interesaba algo con más emoción. La creación de vida es la más hermosa facultad que puede poseerun hombre. Y yo, el doctor Daniel Morris, la poseo, capitán Forrest. Yo creo la vida.

—Ya terminó de crear su vida, doctor Morris. Y seré mejor que se entregue.

El hombre que se reflejaba en la pantalla se echó a reír. Lo hizo suavemente, estremeciendo los hombros.

—Capitán Forrest, usted no podrá interrumpir mi trabajo. ¿Por qué cree que he esperado tanto tiempo para ponerme en marcha? Necesitaba hombres que me obedeciesen.

Y ya los tengo. Hombres y mujeres, todos nacidos en tubos de ensayo. Ellos serán los soldados de un gran ejército que se adueñará de la Galaxia. La Humanidad me dará las gracias algún día porque acabaré con todos los sentimientos. El ser humano dejará de amar y de odiar. Y, por tanto, dejará de sufrir.

—¿Y en qué les convertirá entonces?

—En seres felices.

—En autómatas.

—Siento que no lo comprenda, capitán Forrest.

—¿Lo siente?

—Usted habría sido un buen elemento para mi equipo.

—No, gracias.

—Tengo referencias suyas, capitán Forrest.

—Ahora comprendo de dónde le llegaron las referencias a Centurión. Usted tiene la hoja de servicios de cada miembro del ejército en una de sus programadoras.

—Seguí su carrera desde hace tiempo. Por eso le elegí.

—Para ser secuestrado. Para que trajese a este satélite a Saturno-F. Usted pudo suprimir la barrera magnética.

—Sí, señor Forrest. La pude suprimir.

—Pero no la quitó.

—Necesitaba que me demostrase su pericia. Por ello todo el mérito es suyo, capitán Forrest. Usted logró pasar la barrera magnética, aunque en los últimos minutos pensé que no lo lograría. Me demostró la gran capacidad de su inteligencia y su rapidez de reflejos para salvar un error en el hallazgo de la clave. Por eso he decidido que usted, a pesar de que está en contra de mí, será uno de mis hombres.

—No lo conseguirá aunque me prometa los mayores honores.

Daniel Morris rió otra vez.

—Me obedecerá, señor Forrest.

—¿Y cómo lo va a conseguir?

—Con una de mis mujeres. Samantha o cualquier otra le hipnotizará.

—Los efectos de la hipnosis son limitados.

—Sí, señor Forrest. Es cierto. Pero yo haré un tratamiento previo con su cerebro para que la hipnosis tenga efectos indefinidos… Estará hipnotizado todo el tiempo que yo quiera.

—No hará eso conmigo.

—Arroje el rifle, capitán Forrest.

—¡No!

—Y la misma orden sirve para sus compañeras. Arrojen el arma.

Melanie contestó mandando un rayo—laser contra la pantalla.

Se produjo una explosión y la pantalla empezó a arder mientras la imagen de Daniel Morris se borraba poco a poco.

Pero se siguió oyendo la voz de Daniel Morris:

—No ha conseguido, nada con su arrebato de ira, señorita Russell. Ustedes van a arrojar las armas como les dije antes. Samantha, encárgate de ellos.

Samantha miró a Melanie y ésta le envió otra andanada de rayos.

—Tira eso, Melanie — ordenó Samantha.

Melanie dejó de disparar, arrojó el arma a sus pies y permaneció estática.

Samantha miró a Olivia.

—Deja caer el arma, teniente Hanley.

Olivia quiso retroceder, pero ya era demasiado tarde. Los ojos de Samantha habían hecho presa en los suyos. Se tambaleó unos instantes y luego chocó contra la pared y dejó caer el rifle.

John Forrest se apartó de la pasarela para impedir que Samantha le mirase.

Ahora comprendía que su objetivo no era Centurión. Ni siquiera Samantha. El enemigo que debia destruir era Daniel Morris. Tenía que llegar hasta él. Y Morris era vulnerable al rayo—laser.

Echó a correr por el pasillo hacia arriba.

Abrió una puerta y desapareció por ella.

Vio ante sí otro largo corredor.

Oyó a Morris por un altavoz:

—¡Deténgase, Forrest!

—¿Dónde está, ingeniero Morris? Quiero hablar con usted.

—¿Para qué?

—Para llegar a un acuerdo.

Daniel Morris le contestó con una carcajada.

—Conozco sus intenciones, capitán Forrest. Me quiere matar, ¿verdad?

Forrest vio a la derecha la imagen de Morris y le mandó el rayo-laser.

Un cristal saltó en pedazos.

La voz de Morris se volvió a oír.

—¿Qué le pasa, señor Forrest? ¿Por qué tiene tan mala puntería? Estoy aquí.

Forrest vio de nuevo la imagen de Morris y disparó el rayo-laser.

Pero era sólo otro espejo que saltó en pedazos.

Morris lanzó una carcajada.

—Señor Forrest, ¿no quería atraparme?

—¿Dónde esté, maldito?

—¡Aquí...! ¡Aquí...! Aquí...!

La imagen de Morris fue apareciendo una, dos, tres veces.

John rojo de rabia apretó el disparador.

El rayo—laser hizo saltar los espejos.

Y de pronto John oyó una voz a su espalda:

—Ven, querido.

Era Samantha.

No, no volvió la cabeza.

—Ven, amor mío.

La voz era dulce, adorable.

—Capitán Forrest, estoy loco por ti.

—¡Maldita, vetel

—¡Me muero por tus besos!

John se maldijo para sus adentros. Siempre había ido tras las mujeres más bellas. Y allí tenía a la más hermosa de cuantas había conocido. Y tenía que huir de ella porque a Samantha le bastaría con una mirada para atraparlo en sus redes.

Echó a correr enloquecidamente.

La voz de Morris se mezcló con la de Samantha:

—¡Estoy aquí, capitán Forrest! ¡Y aquí también!

Y John veía aparecer la imagen de Morris, en dos lugares diferentes, en seis, en doce, en veinticuatro.

Y Samantha decía a sus espaldas:

—¿Por qué huyes, amor mío? ¡Estréchame entre tus brazos y besa mis labios!

John se detuvo ante un muro.

Morris reía por el altavoz:

—¿Adónde quería ir, capitán Forrest? También estoy a sus espaldas.

John se volvió pero esta vez no encontró la imagen de Morris.

Era Samantha la que estaba cerca de él. Y ella le miró a los ojos y le sonrió y le alargó los brazos diciendo:

—Ven conmigo, amor mío.

Ya fue tarde para John.

Ella lo había mirado. Y entonces sólo vio los labios rojos de Samantha. Unos labios deseables que se ofrecían amorosos.

—Bésame, amor mío. Bésame — oyó a Samantha.

Y él la besó porque perdió la noción de todo y sólo existió para él aquella mujer.

11

John Forrest volvió en si.

Trató de moverse pero tenía las manos y las piernas atadas.

Gimió sintiendo un fuerte dolor en la cabeza.

La luz le hacía daño en los ojos.

—Ya ha recuperado el conocimiento —dijo una voz.

—¿Lo tiene todo preparado?

—Sí, doctor Morris.

John se dio cuenta del lugar en que se encontraba. En una mesa de operaciones.

Recordó lo que había pasado. Su conversación con Morris a través de la pantalla y Samantha enviándole la mirada que se apoderaba de su voluntad.

Y luego su huida a través del corredor.

Y él disparando con su rifle-laser. Pero en ningún momento pudo matar a Morris porque éste sólo se reflejaba en los espejos.

Y luego el final cuando Samantha le ofreció sus labios para que él los besase.

Había deseado que todo fuese una pesadilla.

Pero era una realidad.

Y allí estaba él ahora, en aquel quirófano.

¿Para qué?

Sólo había una respuesta. ¿No se lo había advertido Morris? Aquel hombre ambicioso le iba a operar el cerebro

para hacer posible que la hipnosis de Samantha fuese duradera, definitiva. Él también iba a ser un autómata.

—Doctor Morris.

Lo vio aparecer por encima de él.

Estaba ya vestido con la bata, las manos con guantes.

—Hola, capitán Forrest.

—Tiene que rectificar antes de que sea demasiado tarde.

—¿Para quién va a ser demasiado tarde?

—Para los seres humanos, y usted está incluido entre ellos. Va a exterminar al hombre. Es lo único que logrará si lleva a efecto su plan. ¡No puede hacerlo, doctor Morris!

—Lo haré. Estoy decidido.

—Por millones de años ha vivido el hombre en la Tierra. Y llegó un momento en que la Tierra no daba alimento bastante para los de nuestra especie. Y el hombre, que nunca se dio por vencido, se lanzó a

la Conquista del Espacio. Buscó nuevos mundos para hacer posible que millones de seres pudiesen nacer y vivir… Y usted quieredestruir todo eso. Va a destruir al hombre, que nunca se ha dado por vencido aún en las peores condiciones. Durante siglos, el hombre ha luchado por su libertad. Y ustedsabe bien, doctor Morris, que ha habido épocas en que se ha pretendido arrebatarle su libertad. Y el hombre luchó más allá de sus fuerzas para no perder ese don, que es el más preciado. Sí, doctor Morris, el hombre pasó por momentos terribles, pero los superó… No, no servirá su plan. Usted no logrará convertir al hombre en un esclavo.

—Capitán, es usted un pobre muchacho con la mente llena de fantasías. Pero yo le haré ver la realidad.

—¿Qué realidad? ¿La suya, doctor Morris? ¿Lo que usted quiere que sea realidad?

En aquel momento oyó a Melanie:

—¡John, ayúdame!

Forrest tiró fuerte de las manos, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

También oyó gritar a la teniente Hanley:

—John, ¿dónde estás, John?

—¿Dónde las ha metido, canalla?

—Cada una está en una urna, esperando su turno. Está usted en mi laboratorio, señor Forrest.

—¿Es aquí donde creó a esa mujer?

—Sí, y donde están las otras, que esperan el momento en que yo las lance a la Tierra y a los demás planetas

para hacer su trabajo.

—Me gustaría verlas.

—No hay tiempo para eso. Las verá después, cuando usted me obedezca en todo.

John lanzó una maldición para sus adentros. No tenía escapatoria.

Morris estaba sonriendo.

—Bien, capitán Forrest. Vamos a empezar. ¿Lista, enfermera Carter?

—Lo siento, señor. Pero falló algo.

—¿A qué se refiere?

—No hay suficiente potencia para introducir la drogaen el corazón del paciente.

—¿Cuál es la presión?

—Sesenta.

—¿Y a qué se debe eso, enfermera Carter?

—Falta de energía.

—¡Ordene inmediatamente que se corrija!

—Tardaremos una hora.

—No me gusta perder el tiempo. ¡Es precioso para mí!

—Lo siento, doctor Morris.

—Esté bien. Enfermeros, saquen a John Forrest de la mesa y devuélvanlo a la jaula.

Dos enfermeros acudieron a la mesa y libertaron a John.

Este se levantó frotándose las muñecas.

Entonces pudo ver el laboratorio y le sobrecogió. Era algo que sólo podía existir en la mente de un loco.

Las hermosas mujeres del doctor Morris estaban en urnas de cristal, inmóviles. De ellas salían tubos que cruzaban el cristal e iban a parar a unos extraños aparatos.

—¿Qué es eso, doctor Morris?

—Estoy purificando la sangre de esas mujeres. Les introduzco en su cerebro las drogas necesarias.

—Así que, en realidad yo tenía razón. No las crea. Usted las fabrica.

—¿Sabe qué edad tienen estas mujeres?

—Aparentan unos veintidós o veintitrés años.

—Nacieron hace tres años, señor Forrest.

—¿En tres años usted ha conseguido que sean así?

—Sí, capitán Forrest, gracias a los alimentos que yo les suministro.

—Es más monstruoso de lo que yo había imaginado.

—No sea ingenuo, señorForrest. ¿Por qué no adelantar el crecimiento de un ser humano? ¿No hemos hecho nosotros lo mismo con los animales? ¿Qué diferencia puede existir entre los animales que sometemos a tratamiento para comerlos y esas mujeres que van a cumplir una misión más elevada, la de seducir a los hombres?

Los dos enfermeros, que eran muy fuertes y robustos, atraparon a John, cada uno por un brazo, y lo obligaron a moverse.

Forrest descubrió a Melanie y a Olivia, que estaban encerradas en sendas jaulas, como las fieras de un circo.

John se dejó conducir. Estaba reuniendo fuerzas. Sabía que si era introducido en una de aquellas jaulas, como había ordenado Morris, más tarde lo sacarían para ponerle en la mesa de operaciones.

Estaba llegando ya a su jaula.

Se desasió de uno de los enfermeros y golpeó con el puño al otro. Este se desplomó sobre una de las urnas donde había encerrada una mujer y rompió los tubos. La mujer que había dentro pareció despertar y abrió los ojos horrorizada y lanzó un escalofriante chillido.

Daniel Morris, desde lejos, gritó:

—¿Qué pasa ahí?

John golpeó al otro enfermero cuando éste intentabaescapar.

Morris corrió a un cuadro de mandos y apretó un botón.

Una puerta se abrió dando paso a Centurión y a Drago.

Centurión habló furiosamente:

—¡Forrest, gracias por haberse rebelado! ¡No quería que fuese mi rival y lo habría sido si se deja operar! ¡Ahora lo mataré!

levantó el rifle y apretó el gatillo.

Pero John ya no estaba en el mismo sitio.

El rayo-laserfue derecho a un depósito que había al final de la nave y éste explotó.

Las llamas se esparcieron por aquel lado.

Morris gritó aterrorizado:

—¿Qué has hecho, estúpido? ¡Vamos a volar! ¡Has reventado el depósito de carburante! ¡Los generadores de energía nuclear van a estallar...! ¡Cuerpo de emergencia!

—apretó otro botón — . ¡Cuerpo de emergencia!

Centurión y Drago corrieron detrás de John. Este se escondió detrás de un depósito de acero.

Centurión pasó por su lado y John saltó sobre él.

Los dos rodaron por encima de una mesa arrollando lo que encontraban a su paso.

Drago gritó:

—¡Apártate, Centurión!

Pero Centurión no se podía apartar porque John lo había atrapado fuertemente.

Por un momento John quedó encima de Centurión.

Drago apretó el disparador mientras lanzaba un grito de triunfo.

Sin embargo, John cambió de posición y fue Centurión quien recibió la descarga y resultó víctima de las radiaciones.

John se apoderó del rifle de Centurión y, desde el mismo suelo envió una descarga a Drago, el cual retrocedió mientras era presa de las llamas.

El doctor Morris seguía gritando:

—¡Emergencia…! ¡Emergencia!

John corrió hacia las jaulas de Melanie y de Olivia y las abrió.

—¡A correr, muchachas!

Los tres huyeron y lograron pasar por una puerta.

Bajaron rápidamente por las escaleras.

A sus espaldas siguió oyendo la voz de Morris:

—¿Dónde están todos? ¿Dónde? ¡Ayúdenme! ¡Nadie puede destruir mi obra! ¡Nadie!

John, Melanie y Olivia salieron del edificio.

—¡Al refugio! —gritó John.

En aquel momento oyeron una voz femenina, la de Samantha:

—¡Capitán Forrest!

—No vuelvas la cabeza, John — dijo Melanie.

—No te preocupes. No la volveré.

—¡Capitán Forrest, sáqueme de aquí…! ¡Tendrá mis besos! ¡Tendrá mi amor! ¡Míreme un solo instante!

Pero John no quiso mirarla y él y las dos jóvenes entraron en el refugio.

John cerró la puerta y en ese mismo momento se produjo una terrible explosión.

Melanie se echó en brazos de John.

La teniente Hanley se había dejado caer en el suelo, dejando escapar un sollozo.

John miró a Melanie en los ojos y luego la besó en los labios.

—Tranquila, nena.

Transcurrido un minuto, John y sus dos compañeras salieron del refugio.

Del laboratorio de Morris sólo quedaban humeantes ruinas.

El edificio donde estaban las programadores no había sufrido ningún daño ya que estaba construido para soportar cualquier explosión nuclear.

—Se acabó el peligro, Melanie — dijo Forrest— . El hombre seguirá siendo libre...

Estaban viajando hacia la Tierra.

La teniente Hanley se había quedado en Astro-6 para recibir al nuevo comandante, y se despidió de John con un beso.

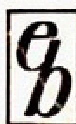
El sargento Kramer regresaba sano y salvo con los restantes pasajeros. Él había cuidado de ellos, de aquellas mujeres yhombres que habían pasado por el mayor peligro de su vida y que, gracias al capitán Forrest, se reencontrarían en la Tierra con sus seres queridos.

Al fracasar el golpe de Estado en Astro-6 los cómplices del ingeniero Morris y de Centurión en los distintos planetas se entregaron.

—John — dijo Melanie—, ¿de verdad que ya no habrá más mujeres para ti?

— Sólo tú. Pero que me maten si no eres una mujer que vale por seis.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain